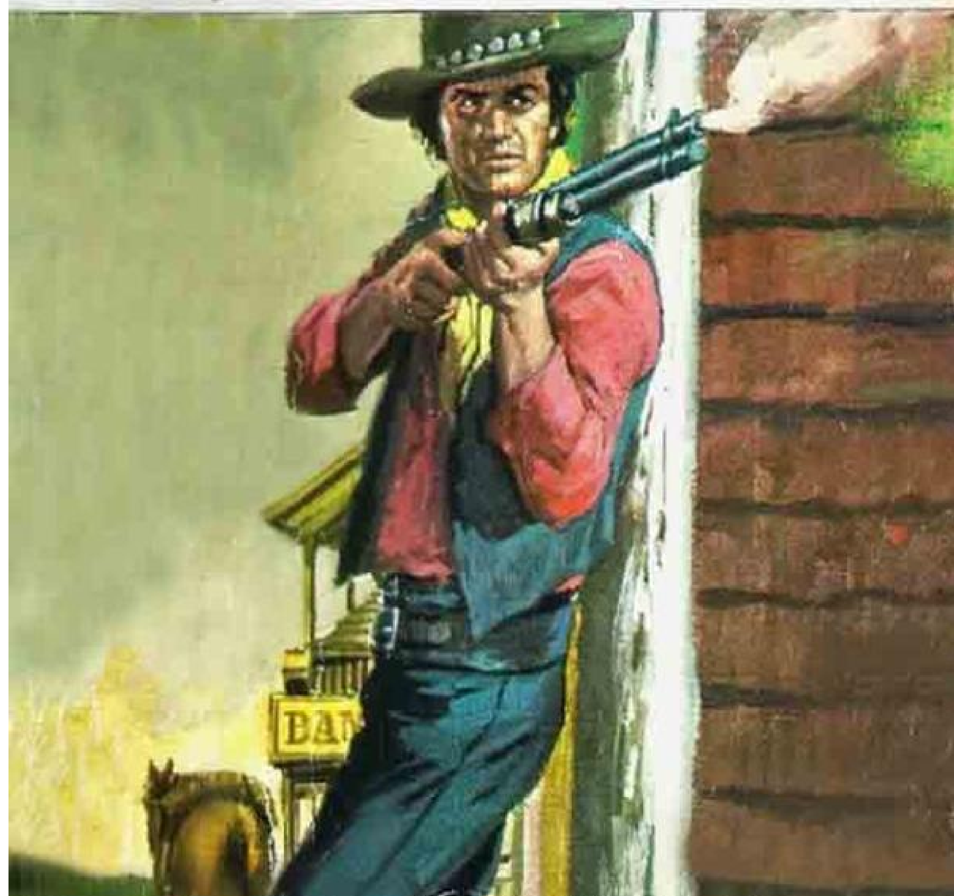
BOLSILIBROS BRUGUERA

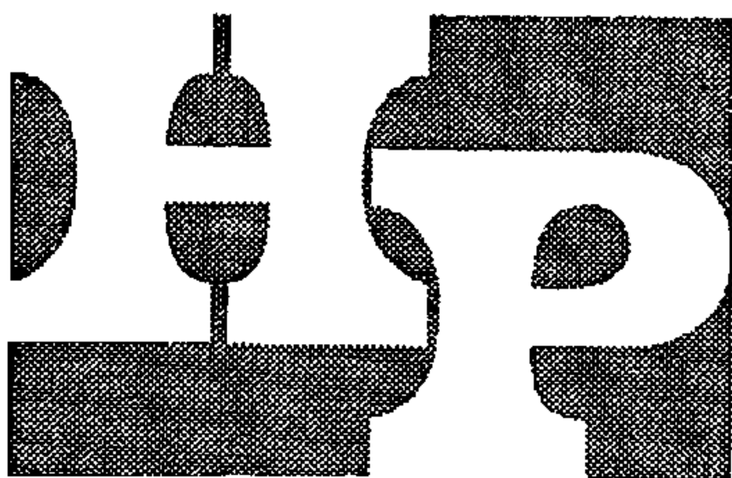
SORTEO DEL MILLON

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

EL ANGEL Y EL DEMONIO







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL ANGEL Y EL DEMONIO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 193
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: septiembre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

UN DIABLO LLAMADO JIM

El hombre leyó la hoja de papel y la arrugó en seguida para arrojarla despectivamente a un rincón de la pieza.

—¿Para esto me han obligado a interrumpir mi concierto de armónica?

—¡Oh, lo lamento, señor! Sufriría mucho si usted estuviera descontento del trato que recibe en nuestro hotel.

—Pues lo estoy. Empieza a fastidiarme el que me molesten a cada minuto. ¡Puede retirarse!

—Lo haré en seguida, señor.

El hombre volvió a ponerse cómodo y se llevó la armónica a los labios.

Hay que aclarar, ante todo, que ese hombre se llamaba Jim Randall y no estaba en un hotel, o al menos no estaba en un hotel de ésos en que hay que pagar la cuenta. Se encontraba tumbado en un catre de una celda de la prisión de Omaha, Estado de Nebraska, y por su aspecto de abandono, aburrimiento y suciedad, no parecía que la estancia allí le resultase demasiado grata. El guardián le llamaba «señor» con un retintín irónico que arañaba más que la rueda de una espuela, y el papel que se había dignado despreciar era la orden en la que se le comunicaba iba a ser juzgado aquella misma mañana por cuatrero, delito que muy bien podía llevar aparejada la pena de la horca.

—¡Van a colgarte, Randall! —chilló de repente el guardián, como si aquello le entusiasmase más que ganar un envite al póquer —. ¡Van a colgarte y mañana mismo estarás dos palmos bajo tierra!

Randall, que interpretaba en este momento una alegre marcha militar, cambió de tono para interpretar inmediatamente una marcha fúnebre.

—Bueno, ¿pero es que no vas a tomarte nada en serio, maldito?

—¿Qué diablos quieres que me tome en serio, después de dos meses de estar aquí? Es imposible hacer nada que valga la pena. ¡Si al menos me hubieseis dado un pedazo de carbón para pintar por las paredes!

El guardián le enseñó los dientes sonriendo igual que un mulo.

—¡Te colgarán, Randall! —Ésta parecía ser su idea fija—. ¡Menudos tipos va a haber en el jurado esta mañana! Pero antes de que te cuelguen, y a los solos efectos de cumplir con los requisitos de la ley, tendrás que asistir a la vista oral de tu proceso y serás defendido por un abogado nombrado de oficio, el cual no te cobrará nada por decir tres o cuatro veces que no deben llevarte a la horca.

—¡Ah, de modo que es un abogadillo! ¿Pero existe aún esa clase de tipos en Omaha?

—Quedan pocos, y a cual más malos. De todos modos, como el tuyo es un caso tan rematadamente perdido, no vale tampoco la pena esforzarse demasiado.

Jim Randall apartó definitivamente la armónica de sus labios.

—Entonces, ¿para qué diablos lo nombran?

—Porque es la ley. No puede colgarse a un tipo, ni aunque sea tan indeseable como tú, sin que antes venga otro tipo y lo defienda ante el jurado.

Randall se puso furioso.

—¡Conmigo podéis ahorraros ese trabajo, imbéciles! ¡Condenadme y en paz! ¡No quiero que nadie se vea obligado a decir mentiras por mi culpa! ¡Me niego en redondo a recibir a ese abogado!

—Pues lo recibirás. ¡No faltaba más! ¡Y si logra sacarte con algo menos que la horca, habrá que darle una medalla!

Cerró la puerta en el momento en que Jim saltaba hacia él con los puños por delante, no con la intención de golpearle, sino de hacer más significativa su protesta. Tuvo que contentarse con golpear las planchas de hierro mientras el guardián, tras encogerse de hombros, se alejaba silbando una cancioncilla.

—¡No lo recibiré! ¡Maldita sea! ¡No lo recibiré! ¿Me oyes,

Warren? ¡Si viene ese abogado por aquí, le dices que he salido!

CAPÍTULO II

UN ÁNGEL LLAMADO EVA

La mujer entró en el salón comedor y se sentó a la mesa. Hizo un poco de ruido. Su padre, el honorable Winter y su madre, la también honorable *mistress* Winter, le dirigieron una mirada severa.

—¿Qué ocurre? —musitó ella, sorprendida.

—¿Cómo que qué ocurre? ¿Es eso lo que te han enseñado en el Este?

—No os comprendo.

—¡Podías adivinar por nuestra actitud recogida y silenciosa que estábamos rezando! ¡Tú, en cambio, vienes aquí, te sientas haciendo ruido y te dispones a desayunar como si maldita la gracia que te hiciera la cosa!

Todo esto lo había dicho el honorable Winter. Y a la también honorable no le hizo la menor gracia que su esposo pronunciara la palabra «maldita». Adoptó rápidamente una actitud severa y circunspecta.

—Te estás acostumbrando a hablar de una manera muy soez, honorable Winter.

El hombre pareció reflexionar sobre el alcance de su falta, y al final inclinó la cabeza.

—Tienes razón, bien amada esposa. Siento haber perdido los estribos por una falta de esta irreflexiva hija nuestra.

La recién llegada, por su parte, había adoptado en seguida una actitud humilde y sumisa, como dándose plena cuenta de que había turbado la tranquilidad de sus padres. Con ojos bajos y las manos plegadas sobre la falda, se puso también a rezar.

Las oraciones duraron unos minutos. Luego se pusieron los tres a desayunar en silencio. Y de repente, al honorable Winter se le atragantó un pedazo de tostada.

—Pero, Eva, ¿qué es eso?

«Eso» era el escote del vestido que Eva se había puesto aquella mañana. Un escote muy moderado y que en ninguna parte hubiese llamado la atención, pero que en aquella casa produjo el efecto de haber sido diseñado por el mismo diablo. La honorable *mistress* Winter se llevó las manos a los ojos, al darse cuenta de los abismos de depravación a que había caído su única hija.

—¡Pero, Eva! ¿Adónde piensas ir esta mañana? ¿A alguna reunión de pecadores? ¿A algún baile?

La muchacha se sonrojó.

El honorable Winter la miró con insólita atención.

—No debiste haber estudiado esa carrera, Eva. Demasiado turbulenta y peligrosa para una muchacha como tú. Tratarás con gentes que pondrán en peligro tu virtud a cada momento.

—Más peligrosa hubiese sido la profesión de comadrona —insinuó, tímidamente, la muchacha.

—¡Eva!

—¡Eva!

Pareció como si sus padres hubiesen de sufrir un síncope al oír aquello.

—Bueno, no os escandalicéis por tan poca cosa —dijo la muchacha—. Tengo ya veintidós años y sé lo que debo hacer en cada momento de mi vida. Ahora me corresponde defender a un pobre hombre, seguramente algún viejo desdichado a quien quieren colgar por ladrón de caballos. No me extrañaría que lo consiguiesen, pero pondré de mi parte todo cuanto pueda para evitarlo. He preparado ya la defensa, y estoy decidida a obtener su libertad. La vista se celebrará en la misma cárcel y debo estar allí dentro de una hora.

—¿En qué cárcel? ¡Dios mío! ¡La cárcel!

—Yo estuve allí —comenzó el honorable Clem—, por… por… —Se detuvo de repente al captar la mirada furibunda de su esposa—, por ganas de visitarla —concluyó—. Un muy interesante e instructivo espectáculo.

Eva terminó de beber su café y se levantó. Sus padres la

contemplaron.

Eva era una de esas mujeres que hacen daño a los ojos, de tanta luz que despiden. Ellos pasaban por alto una enorme cantidad de detalles, pero otro espectador cualquiera los hubiese tenido muy en cuenta, sobre todo si ese espectador fuera un hombre. Detalles tan importantes como la soberbia calidad y la extraordinaria finura de la piel de Eva, que la hacía parecer una porcelana exquisita. La redondez de sus labios, la pujanza pletórica de sus juveniles curvas. Su mirada ingenua y al mismo tiempo deliciosamente atrevida, capaz de hacer caer de espaldas a un caballo.

—Eres muy hermosa, hija mía —silbó el honorable Winter, quien en sus años mozos había entendido mucho de mujeres, aunque lo disimulaba—. Tan hermosa que debes tener cuidado de no despertar a tu paso malsanas pasiones.

—Sé lo que debo hacer en cada momento de mi vida —repitió la muchacha—. Y no hay motivo para que temáis por mí. Además, tengo ya un prometido oficial y él me protegerá. ¿No es cierto?

—¡Claro que sí! —saltó la honorable *mistress* Winter—. Pat Dewill es un excelente muchacho y el heredero de una considerable fortuna. Sabrá respetarte y hacerte respetar. Debes tener confianza en él y casarte cuanto antes, porque no es bueno que en Nebraska una muchacha como tú siga soltera.

Eva lanzó un suspiro.

—En fin, no debemos preocuparnos de eso ahora. Lo importante es sacar del patíbulo a ese pobre viejo que me aguarda en la cárcel. ¿Está preparado ya mi calesín?

—Supongo que sí, Eva. Que tengas suerte.

Eva besó cariñosamente a sus padres, no en la mejilla, sino en la mano, y salió. Afuera, junto al edificio principal del rancho, le aguardaba ya el calesín con los dos caballos a punto.

El rancho Winter era uno de los más importantes y ricos de la comarca, y tenía, además, la ventaja de hallarse situado muy cerca de la ciudad. De este modo, por su situación y el cuidado con que se le atendía, parecía más bien una finca de recreo que un lugar destinado a las faenas ganaderas y agrícolas. Eva, educada en el Este, se sentía orgullosa de haber nacido aquí, y el corazón se le ensanchaba al ver de nuevo aquella tierra y sentirse parte integrante de aquel paisaje admirable.

Pese a ser una de las más ricas herederas de Nebraska, Eva no se sentía superior a cualquiera otra muchacha de su edad. Para ella lo único importante era la cultura y la virtud, y no tenía inconveniente en reconocer su inferioridad ante quien fuera más sabio o más virtuoso que ella. Por lo demás, daba poco, importancia, al dinero, quizá por el hecho de que siempre lo había poseído. En cuanto a su belleza, era lo bastante lista para darse cuenta de que había pocas mujeres que se le pudieran comparar y de que a su paso levantaba miradas de turbia pasión en los hombres.

Se dirigió al calesín y fue a subir a él.

Una mano masculina surgió de bajo la capota, sujetándola y haciéndola subir rápidamente. Antes de que se pudiera dar cuenta de lo sucedido, estaba ya dentro, estrujada por los brazos de un hombre y con los labios a pocos centímetros de otros que se disponían a besarla ardientemente.

—¡Pat! —susurró ella, con voz ahogada.

—Sí, soy Pat. No podía esperar más tiempo para verte, querida mía. No podía esperar más para sentirte entre mis brazos, para besar tus labios, para… ¡Oh, eres irresistible, Eva! ¡Si tú supieras lo que sufro cuando estás lejos de mí! ¡Si tú supieras!

Sus palabras quedaron cortadas de repente. Aplastó una y otra vez sus labios contra los de la muchacha, que trató de esquivarle sin conseguirlo plenamente.

—¡Pat, te estás portando como un auténtico cafre!

El hombre —veintiocho años de edad, ochenta kilos de músculo y dos ojos de acero en la cara—, dejó de besarla, pero siguió estrechándola contra su pecho.

—Te quiero, Eva. ¡Te necesito!

En aquella forma de «necesitarla» hubo algo que a Eva le gustó. Algo que se rebeló contra su educación puritana y sus principios de muchacha educada en las rígidas normas de la honestidad. Puso una mano por delante y trató de apartar el rostro de aquel hombre.

—¡Eva, tú no quieres entenderme! ¡Recuerda que voy a ser tu marido!

—Estoy recordando eso perfectamente, Pat. De lo contrario, no permanecería contigo aquí, en el coche y a dos pasos de mi propia casa, sin gritar o hacer algo por defenderme. Eres tú quien debe recordar que aún no soy tu esposa.

—Pero Eva, por un beso…

Eva trató de sonreír.

—No estoy enfadada contigo, Pat. No es eso. Pero me has sorprendido tanto, que… no sé qué decir… —Comprendió que tenía que cambiar de conversación—. ¿Me acompañas a la cárcel?

—¿A la cárcel? ¿Para qué?

—No olvides que soy abogado. Y en esta ocasión tengo que defender a un pobre diablo a quien quieren llevar a la horca por ladrón de caballos. No sé si lo conseguiré.

Pat, antes de responder, excitó a los caballos para que se pusieran en marcha. Luego se volvió a mirar a Eva.

—¡Claro que no lo conseguirás! La ley es muy severa en este Estado para los que roban caballos, y con sobrada razón. ¡Hay que limpiar esto de bandidos, aunque sea levantando un patíbulo en cada esquina!

A Eva le disgustaron aquellas palabras, pero no contestó nada. Se limitó a morderse los labios y a jurarse a sí misma que sacaría de la cárcel a aquel pobre hombre. Poner la soga al cuello por el solo delito de robar un caballo, le parecía una innecesaria crueldad.

Penetraron en la ciudad de Omaha, que a esa hora estaba llena de bullicio y animación, y poco después se detenían ante la puerta de la cárcel.

Eva mostró su credencial y entró, tras despedirse de Pat en la misma puerta. Pat se quedó más dolorido que si le hubiesen clavado una herradura en el pie por equivocación, pero se alejó poco a poco pensando en las perfecciones físicas de Eva y en lo que sucedería cuando lograse tenerle en los brazos la próxima vez. Un brillo de placer malsano apareció en los ojos de Pat Dewill.

Eva penetró en la cárcel y se enfrentó a uno de los guardianes.

—Quiero ver a Jim Randall. Soy abogado defensor.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tengo que hacer yo para que me defienda usted, nena? ¿Matar al presidente de los Estados Unidos?

—Por lo visto la gente es muy bromista en todo Omaha, señor, y eso no me gusta. ¡Sepa usted que soy una Winter!

El nombre impresionó algo al guardián, porque los Winter eran los propietarios más ricos de la comarca. Plegó los labios, adoptó una expresión repentinamente seria y dijo:

—Por aquí, señorita.

La introdujo en la celda de Jim Randall, que estaba en el camastro y con la manta rapándole hasta la cabeza. De este modo no se podía saber si era joven, viejo, guapo, feo, jorobado o tuerto. Eva Winter miró el bulto que formaba con una expresión de lástima.

—¡Pobre hombre!

—¿Pobre hombre? No se fíe usted de él, señorita. Es una fiera. Antes de ser detenido desarmó a tres agentes del *sheriff* y dijo en voz bien alta que no los había matado porque le daban pena. De un tipo así, no debe fiarse nadie.

—¿Acaso hubiera usted preferido que los matase? Vamos, déjenos solos.

El guardián, tras dirigir una mirada de envidia al joven Randall, lo hizo. Eva se sentó, muy rígida y altiva, en un borde del catre.

—Oiga usted, señor…

No obtuvo ninguna respuesta.

—Buen hombre.

Tampoco.

—¡Soy su abogado defensor! —gritó al fin, herida en su amor propio al ver que no se le hacía el menor caso—. Y ¡si insiste en no contestar me marcharé de aquí y dejaré que le cuelguen como sin duda merece!

Aquello era inconcebible, pero el preso no contestó tampoco. Ni se movió, siquiera. Y Eva iba ya a tirar de las mantas, exasperada, cuando sucedió algo mucho más inconcebible todavía.

Una cosa dura y ágil la sujetó por el tobillo, apretando su finísima media de seda. Eva se mordió los labios, tal fue su susto y tan grande el esfuerzo que hizo para no chillar. Su orgullo le impedía pedir socorro, sucediera lo que sucediera. Fue a levantarse, y en ese momento hizo un movimiento en falso, pues la mano seguía sujetándola desde debajo del camastro, y cayó al suelo cuan larga era. El hombre que estaba bajo el catre, y que aún seguía sujetándola lanzó un silbido de admiración.

—¡Atiza! ¿Pero es que son así todos los abogados? ¡Después de haberla visto me dejo colgar!

Eva, con una vivida expresión de asombro alterando todavía su rostro, miró entonces aquel tipo. No era un «pobre hombre», como había supuesto, ni un vejestorio a quien iban a colgar por cualquier cosa. El tipo que salió ágilmente de debajo del camastro,

sacudiéndose aún el polvo, no tendría más allá de veinticinco años, era moreno y con una piel dorada que hablaba de salud y aire libre, tenía cuello de toro y bíceps que reventaban la camisa. Eva, que no quería fijarse en los hombres, pero que tenía buen gusto, calculó que en todo el Estado de Nebraska no debía haber más de media docena de tipos parecidos a aquél. Era de lo mejor que había visto en todos los días de su vida. Y al darse cuenta de todo eso y de la situación en que se hallaba, se sonrojó intensamente.

Jim Randall, por su parte, también había hecho sus deducciones en aquel breve espacio de tiempo. La mujer que estaba ahora sentada en el suelo, mostrando sus torneadas pantorrillas, los labios entreabiertos, un mechón de sus cabellos rubios cayéndole sobre la frente era algo literalmente sensacional, impresionante, definitiva. Era de lo más grande que había visto desde que su padre le puso de pie en el suelo y le atizó una patada para que aprendiese a andar. Se quedó sin saber qué decir, con la boca abierta.

—Bueno, ¿qué hacía usted bajo la cama? —preguntó al fin ella, recobrando el aplomo.

—¡Chist! ¡No levante tanto la voz, estúpida! ¡Tengo ya un agujero medio hecho en la pared por donde espero fugarme! He puesto la almohada, las mantas y mis zapatos de tal forma que pareciera que dormía, mientras me dedicaba al honrado trabajo. ¿O es que cree que para seguir viviendo me fió de sus argucias de leguleyo?

Eva, ofendida, volvió a tomar asiento en un borde del camastro, mientras decía:

—Señor, yo no he venido aquí para escuchar sus opiniones personales ni para aprender técnicas de fuga. Me guía un interés puramente caritativo y lo único que pretendo es librarle de morir ahorcado. Ahora, si puede, y si es capaz de comportarse como una persona durante tres minutos seguidos, cuénteme usted su caso. Me han entregado una copia del sumario, pero está muy incompleta, e incluso faltan los datos personales de usted.

Jim se sentó, se sacudió el polvo durante unos instantes más, y por fin, se rascó la nuca.

—Bueno, como usted debe ya saber, yo me dedicaba a robar caballos, eso, al menos, es lo que se dice en el sumario. Pero no es exacto, porque lo que yo robé fue solamente un caballo.

—¿Uno? ¿Y para qué?

Hubo un brillo de suave nostalgia en los ojos del joven. Aquellos ojos se hicieron por un momento más dulces y parecieron cambiar la expresión toda del hombre que esperaba la muerte.

—Con ese caballo había jugado yo en mis días de niño. Le di el biberón con leche cuando perdió a su madre y fui yo quien le enseñó a correr. Docenas de veces hemos dormido juntos en la pradera y docenas de veces su velocidad me ha sacado de peligros terribles —hizo una pausa, como recapitulando, y siguió—: En fin, hace un año, mi hermano mayor, que estaba muy enfermo, tuvo que venderlo para atender a sus gatos. Nunca creí que una cosa así pudiera causarme tanta pena. Después de la muerte de mi hermano, me dediqué a vagar y… Bueno, hace un mes vi a ese caballo. Mi caballo. Estaba atado a un carro como si no sirviera para nada más. Me indigné y decidí robarlo. No lo conseguí, pese a haber herido a su dueño. Lo siento. Y ahora, entrometido picapleitos, ya sabe por qué demonios estoy aquí.

Las explicaciones del joven habían logrado despertar la sensibilidad de Eva, haciéndole atisbar a través de aquel sórdido ambiente un mundo de nobleza y de luz que incluso la conmovió un poco. Pero las últimas palabras de Jim la hicieron volver a la triste realidad. Y la realidad era ésta: el tipo a quien tenía enfrente no era más que un gañán y un pistolero.

—Le ruego que me trate con el respeto que merezco, señor Randall.

—¡Ah, claro, perdone! Usted debe creer que no la respeto porque no la he llamado guapa ni una sola vez desde que ha entrado en esta confortable habitación. Bien, trataré de recuperar el tiempo perdido. Es usted una señora descomunal, impresionante. Es usted de lo mejorcito que ha podido pisar Omaha desde que alguien tuvo la idea de fundar esta ciudad. Por usted me dejaría colgar, aunque fuera de las orejas. Y a todo esto, ¿cómo te llamas, preciosa?

—Eva Winter —dijo ella, con acento de dignidad ofendida, a punto de estallar—. Los Winter somos la familia más antigua, rica y considerada de toda esta comarca.

—Eva Winter —murmuró Jim Randall—. ¿Y cómo te llaman los íntimos, nena?

Aquello acabó definitivamente con la paciencia de Eva.

—¡No voy a defenderle a usted, granuja! ¡De ninguna manera! ¡No pienso ensuciar mi reputación defendiendo a un indeseable y a un pordiosero como usted! ¡Le deseo una feliz muerte, señor Randall!

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, a fin de llamar para que la abriesen. Pero en ese momento, el carcelero se disponía a entrar.

—El juicio va a empezar, *miss* Winter.

—¿El juicio? ¡Oh, pero…!

No tenía más remedio que defender a aquel astroso e indeseable truhán. Ahora era demasiado tarde para volverse atrás. De modo que envolvió a Jim Randall en una mirada de desprecio y exclamó:

—Vamos, señor Randall. Le defenderé. Pero ojalá me salgan las cosas mal esta mañana.

Fueron los dos a la sala donde había de celebrarse el juicio.

Y sí, las cosas iban a salirle muy mal aquella mañana a la hermosa Eva Winter. Rematadamente mal.

CAPÍTULO III

DESPRECIABLE PISTOLERO

La puerta del comedor se abrió poco a poco, muy poco a poca. Por el hueco de ésta asomó tímidamente una cabeza femenina.

Toda la familia, compuesta por el honorable Winter, la honorable *mistress* Winter, su hija menor, Gracy, de tan sólo doce años; el honorable tío Jonathan, juez del distrito vecino, y su esposa, la honorable *mistress* Whole, volvieron la cabeza en peso para contemplar a la recién llegada.

Los Barklam, ricos y encopetados negociantes, que se hallaban de visita, volvieron también la cabeza con mal disimulado interés.

—¡Pero, hija!

—¡Pero *miss* Eva…!

Las exclamaciones partieron con voz ahogada de aquellas gargantas respetables que hasta el momento se habían dedicado a engullir pacíficamente el té de la tarde. Fueron originadas por la tardanza de Eva, ya que ésta había marchado a media mañana para no volver hasta ahora, cuando acababan de sonar las cinco de la tarde, y no sólo por esto, sino también por su aspecto. Eva, efectivamente, venía encarnada como una amapola, con el vestido ligeramente desabrochado, como si hubiese acabado de pasar por un período de gran excitación, y los cabellos algo desordenados, igual que si hubiese movido la cabeza con demasiada energía. Pero lo que más llamaba la atención de ella era que entrase de aquella manera, con una avergonzante timidez, y no con su acostumbrada y elegante desenvoltura. Los rostros, que se habían vuelto hacia ella con curiosidad, se hicieron pronto taladrantes y hasta un poco

acusadores.

—¿Es mucho pedir que nos expliques lo que ha sucedido, Eva?

—¿Acaso has perdido el pleito? ¿Han condenado por fin a ese hombre?

Eva terminó de entrar, mordiéndose los labios.

—No, no lo han condenado.

El honorable Winter estuvo a punto de dar un salto en su asiento.

—¡Pero, hija mía, ése es un éxito formidable! ¡Vas a convertirte en seguida en el abogado más famoso de la ciudad!

Eva volvió a morderse los labios. No se atrevía a dar un paso más.

—Sí, en el más famoso. De eso no hay duda. Pero no por los motivos que vosotros suponéis.

Mistress Winter fue la primera en notar que el té que había ingerido le empezaba a arañar la garganta.

—¡Hija mía! ¿Qué es lo que acaba de sucederte?

—Permitidme que me siente y os lo explicaré.

Eva se sentó.

—¿Es que has encontrado otro novio? —interrogó la hermana menor.

—No me hagáis demasiadas preguntas —rogó Eva—. Yo os lo explicaré todo. En primer lugar, ¿no es cierto que el abogado debe tratar de ayudar a su defendido tanto como sea posible? ¿No es cierto que por ello debe hacer… algún pequeño sacrificio…, quiero decir, prestarle su apoyo incondicional? —Se atragantaba y no podía hablar—. En fin, ¿no es lógico que le ayude cuanto pueda?

—Sí, en cierto modo, sí —reconoció el honorable Winter—. Pero ¿qué quieres decir con todo eso, hija mía?

—Yo, pues…

En aquel momento se oyó un vozarrón junto a la puerta, que seguía entornada.

—Bueno, ¿puedo pasar o tengo que estarme aquí hasta la noche?

El revuelo que se produjo en la sala fue indescriptible. Las dos honorables damas ahogaron un grito, mientras los dos honorables caballeros se lanzaban hacia la puerta como si les hubiesen anunciado un ataque de los indios. Eva contenía la respiración, intensamente pálida, mientras Gracy hacía todo lo posible para no

morirse de risa.

Fue el honorable Winter el primero que abrió por completo la puerta. Y casi en el umbral, encontraron a un tipo de unos veinticinco años, moreno, pero con los ojos claros, alto y fuerte como un hércules, vestido andrajosamente y con aspecto de no haberse lavado la cara ni afeitado en una semana al menos. El individuo parecía muy divertido. En este momento se frotaba en la manga una viejísima armónica. Sonrió mostrando dos hileras de hermosos dientes al ver a ambos caballeros.

—Son ustedes muy amables, milores. ¿Puedo pasar al fin?

Winter y su cuñado se quedaron boquiabiertos y sin acertar a decir una sola palabra. El desconocido entró tranquilamente, haciendo sonar un par de veces su armónica a manera de ensayo y balanceando un descomunal revólver que llevaba colgado del cinto. Llegó junto a la mesa donde se hallaban las damas, tomó asiento junto a ellas y puso ambas mugrientas botas encima de la mesa. Luego, sonrió.

—Buenas tardes, señoras. ¿Es que no me dicen nada?

Los rostros de las mujeres pasaron de las insolentes botas de Jim Randall al finísimo y angelical rostro de Eva Winter. Estaba tan turbada que no se atrevía ni a respirar siquiera.

—¡Eva, explícame qué significa esto! —cacareó su honorable madre.

—Os lo explicaré. Este sujeto es Jim Randall, procesado por ladrón de caballos y a quien he tenido la desdicha de defender.

—¡Muy bien! ¡Este sujeto es ladrón de caballos! ¿Y puede saberse qué tiene que ver eso con nosotros y qué diablos hace aquí?

Eva se persignó.

—Este sujeto está bajo mi cuidado a partir de ahora.

Jim, entreabrió los brazos, sonriendo, como queriendo decir: «¿Se dan ustedes cuenta ahora de lo claro que está todo?». Luego extrajo de uno de los bolsillos de su camisa un par de cigarrillos gruesos como puños y los ofreció a las señoras. Cuando éstas rehusaron con grandes aspavientos, él se encogió de hombros, como si no lo atendiera, y se dispuso a encender uno.

—¡Quítese eso de la boca! —rugió el honorable Winter—. ¡Y aparte de una vez sus malditas patas de la mesa!

Jim demostró que era un hombre fino. Obedeció tan

rápidamente que su cigarro encendido cayó sobre la alfombra y sus botas derribaron dos de las tazas de té.

—¡Salga inmediatamente de aquí! —chilló la honorable Winter.

Y entonces Eva dijo aquella cosa increíble:

—No puede.

—¿Cómo?

—No, no puede. Ya os he dicho que está bajo mi custodia. Yo soy responsable de todo lo que haga y, desde luego, se me ha ordenado que no vaya solo a la población, bajo ningún concepto.

—Vamos, explícanos todo eso —susurró el honorable Winter, que era quien tenía la cabeza más bien asentada y los nervios más firmes—. ¿Qué ha ocurrido en el juicio para que luego nos encontremos ante esta situación inexplicable?

—Ha ocurrido lo siguiente… Este hombre estaba considerado como ladrón de caballos y quería colgarle. Yo expliqué a los del jurado que no había robado jamás caballos, sino tan sólo uno, un animal al que vio nacer y por el que sentía un gran cariño. Esto les ablandó un poco, pero el fiscal insistió en que Jim Randall era un tipo peligroso y había que colgarle. La sesión se hizo interminable, entre mi defensa y las acusaciones del fiscal. Al fin los del jurado se retiraron a deliberar y estuvieron más de dos horas. Y su veredicto fue…, fue que Jim Randall era inocente, pero peligroso. Y que se aconsejaba su inmediata libertad, siempre que hubiera una persona que respondiese por él y controlara sus actos. Yo…, la verdad… No había nadie que respondiese por este pobre hombre. Pensé que al fin y al cabo yo era su abogado defensor y debía hacer algo más por él. En fin, me constituí en su tutora, o algo parecido, y aquí está.

Hubo en la sala un sepulcral silencio. Todos se daban cuenta de que aquello no era una broma y de que la situación tenía una gran trascendencia. Las mujeres miraron inquisitivamente a Eva, al igual que tío Jonathan. En cambio, Gracy seguía conteniendo a duras penas la risa, y el honorable Winter miraba al intruso con cierta simpatía, pues él en su juventud también había estado en la cárcel, aunque eso no se lo había contado a nadie aún, y mucho menos a su esposa.

—¡Esto es inaudito! —vociferó tío Jonathan—. ¡Traer aquí a un pistolero!

—¡Un ladrón de caballos, que seguramente nos robará también

los cubiertos de plata en cuanto volvamos la espalda!

—¡Un hombre que seguramente no piensa en ti con decencia, Eva, sino ahora mismo debe estar diciéndose que eres una mujer estupenda!

Jim señaló con el dedo a la honorable Winter, que era la que acababa de hablar.

—¡Usted ha acertado, señora! ¡Su hija no es sólo una mujer estupenda, sino una mujer descomunal! ¡Qué monumento!

Hubo en la sala un nuevo momento de estupor. Hasta el padre de Eva enarcó las cejas.

—Nos has traído aquí al demonio —murmuró, sordamente, la madre—. ¡El demonio!

—¡Hacer eso tú, que eres un ángel! —Deploró, plañideramente, la esposa de tío Jonathan.

—Un ángel y un demonio viviendo juntos —rió Jim—. ¿Qué puede resultar de esto?

—¡Un desastre!

—¡Pero antes de que se produzca, saldrá usted de esta casa! —chilló *mistress* Winter—. ¡Me importa un pepino que le vuelvan a detener! ¡Ay! —Se detuvo de repente—. Me estoy volviendo muy mal hablada. Quiero decir que el que le detengan a usted me importa menos que una cucharilla de plata abollada.

El honorable Winter trató de calmar la tempestad.

—Bueno, bueno, no creo que en el fondo la situación sea tan trágica. En el rancho tenemos muchos empleados, algunos de los cuales también han tenido sus más y sus menos con la justicia en otro tiempo. Si este joven sirve, ¿por qué no puede ser un empleado más? —Se volvió hacia Jim—. Veamos: ¿Qué es lo que sabe usted hacer, joven?

—Sé hacer esto…

Desenfundó su revólver con una velocidad pasmosa y lo hizo voltear en su mano tres veces. Luego empezó a tirar.

Había ahora en la mesa tres tazas de té, el azucarero, la tetera y un objeto de porcelana para las servilletas. De seis tiros instantáneos, casi sin apuntar, Jim hizo volar los seis objetos. Lo maravilloso de aquellos disparos no fue precisamente la distancia a que se hicieron, ya que Jim estaba cerca, sino su increíble precisión y su velocidad alucinante. Todas las mujeres lanzaron un «¡Aaah!»

de horror, mientras los hombres abrían unos ojos grandes como platos.

—¡Granuja! —chilló *mistress* Winter—. ¡Bandido!

—¿Dónde aprendió a hacer eso? —susurró el padre de Eva—. ¿No podría enseñarme a mí a hacer lo mismo?

—¡Estás loco! —chilló su esposa—. Tú también te has vuelto como él. ¡La influencia maléfica de ese truhán ya se empieza a notarse en la casa!

—También sé domar caballos —manifestó Jim—. Y puedo asegurarle que los vuelvo mansos sin necesidad de maltratarlos lo más mínimo.

—¡Magnífico! ¡Entonces se queda! —concluyó el honorable Winter—. ¡Je, je! La verdad es que no podía tragar esa vajilla que acaba de romper, amigo —se interrumpió bruscamente al notar la mirada que le dirigía su mujer—. ¡Bueno, ni que decir tiene que tendrá usted que seguir mis órdenes al pie de la letra y que cualquier infracción será castigada severamente! ¡Voy a presentarle al capataz para que le proporcione ropa limpia, una toalla y jabón con que asearse! ¡Vaya delante de mí y ábrame la puerta!

Jim obedeció. Fue hasta la puerta de la sala y la abrió, cediendo el paso gentilmente para que el honorable Winter saliera. Éste fue hacia allí más tieso que un gallo, dándose importancia para que le vieran su mujer y sus hijas, pero al llegar a la altura de Jim le guiñó un ojo.

—Tú primero, amigo —dijo en voz muy baja—. Y cuenta con un revólver nuevo si me enseñas a tirar así.

* * *

Una hora después a Jim Randall no le hubiera reconocido nadie.

Se había bañado por completo, afeitado, peinado y cambiado de ropa. Iba vestido como cualquier otro de los numerosos vaqueros del rancho, existía en él una elegancia innata que le hacía destacar poderosamente por encima de los demás. Gracy, que fue la primera en verle, lanzó un silbido, aprovechando que no estaba su madre.

—Eres muy guapo, Jim. No te vayas nunca del rancho y cuando yo sea mayor, como ya podré hacer lo que me dé la gana, me casaré contigo. ¿No querrás acompañarme el domingo al baile infantil de la escuela? ¡Mis amigos se van a morir de envidia, sobre todo

cuando les diga que eres un pistolero famoso!

Jim sonrió, acariciándole muy ligeramente los cabellos.

—No soy ningún pistolero famoso, Gracy. Puedes estar seguro de que si me enfrentase a Jesse James no iba a durar yo ni tres segundos en pie. ¿Dónde están tus padres?

—Mi madre ha ido al centro de beneficencia parroquial y mi padre está aprovechando el tiempo para jugar una partida de cartas con sus amigotes. Pero tú no digas nada, ¿sabes?

—Y tu hermana, ¿qué hace?

—¡Ah, esa tonta de Eva! ¡Debe estar con Pat, su novio!

Gracy vio cómo Jim se mordía los labios un instante.

—No sabía que Eva tuviese novio.

—Sí, lo tiene. ¡Uh, y si supieras lo presumido que es! Nunca me habla a mí porque soy la pequeña, y estoy harta de oírle decir que es uno de los hombres más ricos de la comarca. Dicen que Eva se casará muy pronto con él.

Jim pasó un brazo sobre los hombros de la pequeña.

—¿Quieres tener la bondad de enseñarme esta parte del rancho? Me han dicho que me encargaré de los potros, pero no me han enseñado aún dónde están los apartaderos ni las cercas.

—¡Claro que te lo enseñaré! Mira, ésa es nuestra casa, y la de la izquierda la de los trabajadores del rancho. A continuación, se hallan los graneros. Las cuadras y los apartaderos están un poco más allá. ¿Quieres que te acompañe? Como ya eres mi novio…

Jim sonrió, haciendo pasar delante a la pequeña, y la siguió poco a poco. Pasaron por enfrente de los edificios vivienda y luego Gracy se dispuso a enseñarle los graneros. Cuando iban a pasar frente a ellos, vieron salir por un recodo a Eva y a Pat.

La muchacha estaba ligeramente sonrojada aún y daba la sensación de que él había querido darle un beso. El escote de Eva se movía incitantemente, al compás de su respiración, y sus mejillas arreboladas tenían algo de fruta seca, de flor silvestre, de brisa de la mañana. Eran como una llamada potente que a través del aire hacían a los ojos del hombre. Y sus labios estaban entreabiertos, y sus cabellos delicadamente rubios, y aquella cintura, y aquél… Jim Randall notó que no podía seguir pensando. Y menos aún por la sencilla razón de que Pat le miraba agresivamente.

Pat era un tipo de cuidado en cualquier lugar donde se

encontrase. Tenía puños de gigante, corpulencia de toro y mirada de serpiente. Su mirada, sobre todo, era lo que más temor infundía de él. Parecía como si hubiese de taladrar, o como si estuviera mirando siempre a una futura víctima. Y los ojos irritados que ahora posó en Jim hubieran atemorizado a cualquiera que no fuera éste.

—¿De modo que éste es el sujeto? —preguntó, deteniéndose a dos pasos y mirando a Eva.

—Sí, éste es el hombre de cuya conducta me he hecho responsable a partir de ahora. Se llama Jim Randall.

Pat pareció sopesar aquel nombre.

—Jim Randall. ¡Vaya! ¿Y dices que te has hecho responsable de su conducta? En tal caso, no te preocupes, porque yo le domaré bien en cuanto se desvíe una pulgada de la raya. Me llamo Pat Dewill, ¿me has entendido?

—Perfectamente, señor —repuso Jim—. Y es usted el prometido de la señorita Winter.

—Por consiguiente, soy también el futuro dueño de este rancho. No creo que tú estés mucho tiempo aquí, pero por si lo estuvieras te conviene tenerlo muy en cuenta.

—Así lo haré, señor.

—Vas a empezar obedeciéndome en algo que pienso mandarte. Y te advierto que puedes salir muy perjudicado si no cumples bien. ¿Es que tú robabas caballo?

—Sólo robé un caballo, señor, del que naturalmente tuve que desprenderme al ser detenido. Pero hubiese podido robar muchísimos de haber tenido interés en hacerlo.

—Eso indica que sabes tirar el lazo.

—En efecto, creo que sé hacerlo bien, señor.

—Pues enlázame mi caballo. Es ese que está ahí, desensillado y pastando. Me gusta dejarlo descansar cuando vengo aquí. Te advierto que no deja que nadie le ponga la mano encima, excepto yo, por lo que tu tarea no va a ser demasiado fácil. ¡Pero pobre de ti si le cortas la respiración o le causas un solo rasguño!

Jim fue a decir algo, pero en aquel momento notó que el honorable Winter le miraba desde una de las ventanas del piso superior. Se mordió los labios y se dispuso a obedecer, tomando un lazo que colgaba de una de las estacas, y encaminándose poco a

poco hacia el caballo.

Éste le olfateó, erizándose la crin. Empezó a patear, nervioso mientras sus ojos sanguinolentos se clavaban en el desconocido. Jim, sonriente, procurando no hacer ningún movimiento brusco para no intranquilizarle, se acercó un poco más a él, y de repente, tiró el lazo. Su movimiento estuvo lleno de elegancia y al mismo tiempo de exactitud, como si lo hubiese proyectado con la ayuda de un compás.

El caballo trató de esquivar el lazo, encabritándose, pero no consiguió más que ceñírselo por completo. Jim dio entonces unos tirones suaves, muy suaves, manteniendo flexible el cabo de la cuerda, y poco a poco fue ganando terreno para acercarse al animal. Éste se revolvió unos instantes, pero se dio en seguida cuenta de que el hombre lo dominaba y optó por una rendición honrosa. Jim le acarició la testuz y el cuello, aproximándolo a la cerca donde estaba colocada la silla. Sin dejar de tranquilizarlo, se la puso sobre el lomo y luego le encajó las riendas y el bocado. Hizo todo esto sin dejar de acariciar al animal y de tranquilizarle con sus palabras. Eva comprendió que aquel hombre amaba a los caballos. Y como los caballos saben conocer al que los ama no era extraño que éste obedeciese tan bien. Le obedecía incluso mejor que a su propio dueño pues Eva había visto más de una vez a Pat luchando para dominar a su fogosa montura. Sonrió complacida mientras Pat se mordía los labios rabiosamente.

—Está bien. Veo que conoces a los caballos y sabes tratarlos como merecen. Ahora es preciso ver si sabes tratar del mismo modo a las personas.

Se acercó parsimoniosamente a Jim y ordenó:

—Ayúdame a montar.

—¿Ayudarle? ¿No es usted lo bastante ágil, señor?

—Puedo montar de un solo salto si me complace. Pero me gusta hacerlo con comodidad. Ayúdame.

—Bien. Dígame cómo, señor. ¿Quiere que le sostenga un pie?

Pat le miró a los ojos y articuló las palabras lentamente.

—Quiero que te pongas de rodillas.

—¡Pat!

La exclamación había partido de labios de Eva. La muchacha miró a su prometido como si no comprendiera, como si lo que

acababa de oír fuese una equivocación o una broma de mal gusto.

—No tengo por costumbre colocarme de rodillas delante de nadie, señor.

—Pues esta vez vas a hacerlo. ¡Vas a hacerlo porque te lo ordeno yo!

Jim puso los brazos en jarras y se le quedó mirando. Hubo en sus ojos un brillo un poco extraño, como si estuviese mirando a algo muy lejano. Sus dedos se movieron indolentemente en torno al cinturón canana, mientras parecía calibrar las palabras que acababa de oír, pero Pat pensó que lo que quería era empuñar el revólver y lanzó un grito de alarma. Doblando la cintura ágilmente, «sacó» e hizo fuego, destrozando el revólver que Jim aún tenía en la funda, y que, desde luego no había pensado emplear. El joven fue el primer sorprendido al ver la brusca maniobra de su antagonista. Abrió la boca para decir algo, pero Pat no le dejó tiempo para pronunciar una sola palabra. Disparó nuevamente, con una puntería admirable e hizo saltar otro pedazo de cuero de la funda. Ésta quedó colgando como un ridículo pingajo de la cintura de Jim, y el revólver cayó por el suelo por su propio peso.

—Sé tirar también un poco más al centro, amigo —advirtió Pat —. Y si vuelves a tratar de sorprenderme, te mataré como a un perro.

—No he tratado de sorprenderle, señor. El sorprendido he sido yo, al ver que usted está muy nervioso tiene demasiado miedo.

Pat encajó las mandíbulas, apretó los dientes y sus facciones palidecieron de ira.

—¿Miedo yo, granuja?

Hizo girar el revólver en su mano derecha y lo asió al fin por el cañón, dando un salto hacia Jim Randall. Éste no debía esperar el ataque, porque se movió demasiado tarde. La culata le rozó la cabeza, produciéndole un corte en ésta y le hizo caer al suelo.

Pat le propinó entonces un puntapié y Jim rodó por el suelo lanzando un gemido.

Eva, incapaz de contemplar aquello, suplicó:

—¡Basta, Pat! ¡Déjale ya!

Pat enfundó el revólver.

—Le dejo porque tú me lo pides. Pero de no ser por tu presencia aquí lo mataría, Eva.

Jim, sentado en el suelo, sonrió con una expresión que, a pesar de todo, quería ser cordial y simpática.

—Bueno, valiente. Mátame…

Pat, ciego de ira, se abalanzó sobre Jim con los dos pies en alto para aplastarle con sus botas. Pero el joven hizo una agilísima torsión, dando dos vueltas completas sobre el polvo, y su enemigo cayó sentado en tierra, mientras lanzaba una maldición. Jim se levantó entonces de un brinco y esperó a que Pat lo hiciera. Pat echó mano al revólver con las facciones deformadas por la ira, y movió el martillo hacia atrás.

—Cuidado, señor Dewill. Eso sería de cobardes.

—¡Sólo los muertos son cobardes! —rugió Pat—. ¡No me importa lo que digan a mi espalda mientras tú estés dos palmos bajo tierra, granuja!

Disparó, pero Jim ya no estaba en el lugar que ocupaba dos segundos antes. Con una velocidad endiablada se había arrojado hacia un lado patinando, y desde su nueva posición se lanzó como un bólido contra Pat Dewill. Logró sujetarle el arma mientras éste disparaba otra vez. La bala le rozó la herida que antes le había producido la culata, ocasionándole un momentáneo vértigo. Cayó sobra Pat flojamente y no pudo evitar que éste diera una rápida media vuelta, colocándose encima. El revólver que ahora Pat sujetaba con las dos manos, empezó a bajar.

—¡Eso no es noble! —chilló el honorable Winter desde su ventana—. ¡Suelta ese revólver, Pat, maldita sea!

Pero Pat no lo soltaba. Tuvo que ser Jim Randall quien, con una violenta torsión de ambas muñecas de su enemigo, después de un salvaje forcejeo en el que los dedos de ambos contendientes crujieron como piezas a punto de romperse, logró hacer que el arma cayera flojamente a tierra. Trató entonces de dar varias vueltas por el suelo, colocando a su enemigo alternativamente encima o debajo de él, a fin de alejarse del arma. Estas vueltas los aproximaron a la casa, de tal modo, que Eva y Gracy tuvieron que apartarse para no ser arrolladas. Varios peones habían salido ya del edificio contiguo y otros contemplaban la pelea desde las ventanas, animando a ambos luchadores con sus gritos. La mayoría, comprendiendo que Pat iba a ser el dueño del rancho a no tardar mucho, le alentaban a él. Esto enardeció al prometido de Eva.

Dando un violento empujón a Jim, logró zafarse de su abrazo y gateó en busca del revólver. Al ver que su enemigo se levantaba también, comprendió que era demasiado tarde para alcanzar el arma, y le hizo frente, recibiéndolo con un brutal cabezazo al estómago. Jim se encogió, transido de dolor, mientras vacilaba.

Pat supo aprovechar el momento.

Movió ambos puños, y la cabeza de Jim fue lanzada primero a la izquierda y luego a la derecha. Los impactos sonaron como propinados con una maza. Jim vaciló, cayendo de rodillas y Pat le descargó entonces un salvaje puntapié al mentón. El impacto fue tan rudo y violento que Eva lanzó un grito de angustia. Jim, con los ojos en blanco, cayó a tierra.

Estaba tan destrozado como si un regimiento de caballería le hubiese pasado por encima. O al menos lo parecía.

—Ese perro tiene bastante por hoy —murmuró Pat, sordamente —. Voy a meterte de cabeza dentro de ese barril de agua.

Se refería a un gran barril colocado cerca de la entrada del dormitorio de los vaqueros y donde solían beber los caballos de los forasteros que llegaban al rancho. Fue a acercarse a Jim para arrastrarle por una de las piernas, pero en ese momento vio con indecible asombro que el joven le estaba mirando. Y que incluso había en sus labios algo así como una extrema sonrisa burlona.

—¿Quiere usted bañarme, señor? No puedo consentir que se tome tanta molestia.

Se apoyó primero sobre un codo, aprovechando el momento de indecisión de Pat, y luego saltó tomando como base la mano que tenía apoyada en tierra. Antes de que Pat se diera cuenta de lo sucedido, ya lo tenía enfrente otra vez. Y entonces empezó lo que no hubiera esperado nunca.

Jim le lanzó un cruzado a la ceja e inmediatamente un gancho a la nariz. La lógica reacción del dolor hizo que los ojos de Pat se llenaran de lágrimas, impidiéndole la visión. Quiso reaccionar, moviendo furiosamente los puños, pero lo único que consiguió fue abrir la guardia y dar más facilidades a su enemigo. Jim Randall conectó dos cruzados más, y ya a partir de entonces golpeó a placer. Un gancho a la mandíbula hizo retroceder a Pat, un corto al estómago lo obligó a encogerse, otro gancho a la mandíbula lo puso en postura ideal para el golpe definitivo, y éste vino en forma de

directa al corazón. Pat Dewill se tambaleó. Un suave golpe de Jim hizo que sus espaldas tocaran con el gran barril de agua, y luego ya no hubo más que levantarle un poco para introducirle en él, en medio de las carcajadas de los peones, que ya habían cambiado de actitud, y las risas contenidas de Gracy y el honorable Winter.

Desde luego, Jim no zambulló a su enemigo de cabeza en el barril, pues hubiese significado su muerte, sino que lo introdujo por los pies y con la única intención de darle un baño. Pat Dewill se dio cuenta de que lo metían en el agua, pero estaba tan destrozado que no fue capaz de reaccionar. Sólo pudo abrir los ojos para dirigir a Jim Randall una mirada de fanático odio. Luego los volvió a cerrar y fue necesario que el propio Jim lo sostuviese porque, de lo contrario, se habría ahogado. Como solución más cómoda para evitarlo, el joven derribó el barril y Pat salió despedido junto con más de cien litros de agua no muy limpia.

Todos comprendieron que era lo menos que podía haberle ocurrido después de intentar matar a Jim Randall, pero poco a poco fueron apagando sus risas al darse cuenta de que con ello ofendían al futuro dueño del rancho y uno de los hombres más ricos y poderosos de la comarca. El silencio, lentamente, se fue haciendo dueño absoluto del escenario de la pelea. Rostros donde la admiración se mezclaba a la ansiedad se volvieron hacia Jim, al darse cuenta todos de que el joven acababa de firmar su propia sentencia de muerte, pues Pat, sobre ser un temible pistolero, tenía a sueldo una buena cuadrilla de guardaespaldas, cualquiera de los cuales podría acabar fácilmente con el joven en una ocasión propicia. Eva también se dio cuenta de eso, y al volverse Jim hacia ella, tuvo la sensación de que estaba viendo ya a un cadáver.

Respiró con fuerza, tratando de infundirse valor. Había que guardar las apariencias y demostrar que un hombre como Pat, su prometido, no podía ser maltratado impunemente y en su propia casa.

—Ya pueden condenarle a usted, señor Randall —arguyó—. Ya pueden enviarle a usted al infierno si creen que ahí ha de estar más seguro. Pero en este rancho no permanecerá ni cinco minutos más, ¿comprendido? ¡Salga inmediatamente de aquí y trate de olvidarse de que en Omaha existe la familia Winter!

Le señaló enérgicamente con el dedo los lejanos límites del

rancho, mientras trataba de dar a su rostro una expresión lo más indignada posible. Jim hubiera podido desarmarla fácilmente con cualquier frase oportuna, pues el enfado de la muchacha era tan poco sincero como las palabras de un usurero que asegura haber entregado toda su fortuna a los pobres. Pero en ese momento, Jim tuvo la desgracia de no acertar con la frase oportuna que hacía falta. Por el contrario, enredó completamente las cosas cuando dijo:

—Su enfado es de pacotilla, guapa. En realidad, está usted más que contenta de que le haya atizado una paliza a su prometido.

Hay una montaña de cosas que una mujer no perdona nunca, entre ellas que se la deje plantada al pie del altar, y el que un hombre le diga la verdad sin ambages. Eva enrojeció instintivamente y su enfado fingido se transformó en un enojo más real que los mordiscos de un tigre cuando tiene hambre.

—¡Ya estoy harta de usted, señor Randall, y eso que no hace aún doce horas que le conozco! ¡Desde que tuve la desgracia de verle por primera vez, no ha traído usted más que complicaciones a mi vida! ¡Márchese de aquí o le haré arrojar a puntapiés por el personal del rancho! ¡Y si mañana me entero de que lo han colgado, le aseguro que tendré una de las mayores satisfacciones de mi existencia!

Estaba tan hermosa así, con las mejillas rojas como una amapola entre el trigo, el cabello rubio ondulándose bajo la caricia de la brisa, su pecho subiendo y bajando incitantemente al compás de la respiración, que Jim Randall no se enteró de nada de lo que decía. Sólo que aquélla era una mujer endiablada, que era lo más tentador, lo más fino, lo más suave que había visto nunca. Y de repente, un grito de aquella mujer tan fina, tan suave, etcétera, le hizo despertar de su sueño.

—¡Sacadle de aquí! ¡Arrojadle a puntapiés del rancho!

Varios vaqueros se acercaron poco a poco disponiéndose a obedecer las órdenes de su dueña. No se advertía en sus rostros decisión, pues temían a Jim y en el fondo le admiraban. Pero el joven, para no provocar una nueva pelea, se encogió de hombros y volvió la espalda.

—Eres una bruja —dijo Gracy, por lo bajo, dirigiéndose a su hermana—. ¡Echar así a mi novio de este rancho, como si fuese un cualquiera!

—¡Tú cállate, mocosa!

Gracy se mordió los labios.

—Sí, ¿eh?

Clavó un alfiler en la pantorrilla a su hermana y luego echó a correr como alma que lleva el diablo. Eva se estremeció y estuvo a punto de caer. Jim, que se había vuelto ligeramente al oír el chillido repentino que lanzó Eva, guiñó un ojo a la pequeña con expresión de complicidad. Y al levantar un poco la cabeza, se sorprendió al ver que el honorable Winter le guiñaba un ojo a él también, desde su ventana. Jim le dirigió una sonrisa a manera de despedida y se fue alejando poco a poco hacia la salida del rancho. Los peones se quedaron junto al grupo de edificios, como formando aún una barrera protectora.

—Has hecho muy bien, hija mía. ¿Cómo podíamos tolerar que maltratasen así a Pat?

El honorable Winter acababa de bajar desde el piso superior y se había dirigido a su hija mayor haciendo unos exagerados aspavientos, lo que denotaba a la legua que estaba fingiendo. No podía tragar a Pat, pero en aquella casa la que disponía era su esposa y ella había decretado que Pat era el mejor partido de Omaha. Por lo tanto, y al mismo tiempo para no dejar en entredicho su hospitalidad, tenía que formular su repulsa contra Jim Randall. Pero a pesar de sus palabras, los ojos le brillaban de contento.

—¡Vamos, vamos! ¡Atended al señor Dewill!

Los vaqueros y él mismo corrieron hacia el caído, que se debatía aún medio atontado en el charco de agua sucia. Lo levantaron solícitos y trataron de ayudarle a respirar para que recobrase más pronto el conocimiento.

—¡Oh querido Pat! ¡Cuánto lo siento! Debí haber dicho a los empleados del rancho que disparasen contra ese tipo. ¡Es…, es incalificable!

Pat Dewill se puso trabajosamente en pie y apartó con brusquedad a los que le rodeaban. Sus ojos sanguinolentos miraron por todas partes buscando a Jim Randall.

—Ese hombre ha sido expulsado —aclaró el honorable Winter.

—Expulsado, ¿eh? ¡No podrá ir muy lejos de Omaha! —rugió Pat—. ¡Y en Omaha es hombre muerto! ¡Me enfrentaré a él y lo

acribillaré a balazos! ¡Lo mataré como a un perro en medio de la calle! ¡Lo juro! ¡Juro que lo mataré!

Y todos guardaron silencio, porque comprendieron que Pat cumpliría su amenaza.

CAPÍTULO IV

CITA DE PISTOLEROS

La atmósfera era densa, casi irrespirable, dentro de la habitación. Los cuatro hombres allí reunidos habían fumado y bebido copiosamente, por lo que el aire olía intensamente a humo de tabaco y vapores de alcohol. La luz de una lámpara de petróleo que colgaba del techo caía vertical sobre sus rostros. En éstos se habían formado unas gotitas de excitación y sudor. Algunas botellas ya vacías yacían en el suelo, junto a los pies de los cuatro hombres que se había reunido alrededor de la mesa.

Pat era uno de los cuatro hombres. Y su rostro era el que reflejaba mayor excitación.

—Necesito que ese individuo muera. Le desafiaré yo mismo y le mataré yo sólo si es posible, porque el prestigio que debo mantener en la población me exige hacerlo así. Pero necesito actuar sobre seguro. Si alguno de vosotros ve que ese tipo va a ser más rápido que yo al «sacar», le descerraja un tiro por la espalda. No quiero que a este respecto haya la menor duda. O soy yo notoriamente más rápido o ese hombre muere acribillado. Nada de vacilaciones.

Los otros tres hombres eran guardaespaldas profesionales de Pat y estaban considerados como los mejores tiradores de Omaha. Cada uno recibió del patrón un billete de cien dólares.

—¿Dónde está ahora ese tipo, jefe? —preguntó el más joven de todos ellos…, un pistolero llamado Sheridan.

—Creo que en el Blue Saloon. Se ha comprado un revólver nuevo y ha pasado la tarde engrasándolo. Podéis entrar allí, beber unas copas y luego provocarle. Si no lo encontráis en el Blue

Saloon, buscad en los otros.

Los cuatro hombres se levantaron a un tiempo, como dando por terminada la conversación. Quedó tácitamente acordado, pues la misma situación se había repetido más de una vez, que en el momento crítico de la disputa oral, Pat intervendría para desafiar a aquel hombre, haciendo caso omiso a los otros. Llevaría la disputa hasta el terreno violento prácticamente, y entonces, en el momento de «sacar», uno de los que habían quedado momentáneamente olvidados descerrajaría un tiro a Jim. Como antes ya había estado disputando con él, todos creerían que se trataba de un impulso espontáneo y no de una maniobra preparada de antemano.

—Id allá. Yo os seguiré dentro de un par de minutos.

—De acuerdo.

Iban a salir cuando se abrió la puerta del reservado y alguien más apareció en el umbral. El recién venido era un tipo de unos treinta años, alto, un poco delgado, pero excepcionalmente musculoso que vestía de negro desde el cuello a los pies. Lo único blanco de su indumentaria era el sombrero que llevaba muy cuidado y bien puesto sobre la cabeza. Del resto, hasta sus revólveres eran negros.

Una barbita tallada al estilo de los antiguos mosqueteros realzaba su mentón y hacía su figura un poco más siniestra. Todo en aquel hombre daba una sensación de fúnebre, de maléfico y en efecto el nombre con que se le conocía respondía a esa sensación.

—¡Fúnebre Lloyd! —susurró Pat, sin dar crédito a lo que sus ojos veían.

El hombre entró, cerró la puerta tras sí y se sentó tranquilamente en una de las sillas que habían quedado vacías.

—Buenas noches, amigos —dijo entonces, abriendo la boca por primera vez.

—¿Qué haces aquí Fúnebre? —rugió de repente Pat—. ¿Cómo te has atrevido a llegar a Omaha?

—Estaba aburrido de no ver ciudades grandes. Estaba también aburrido de no ver buenas tabernas con chicas elegantes. Eso es todo.

Pat indicó con una mirada a sus hombres que se marchasen de allí, pero ninguno se dio por entendido. La presencia de Fúnebre Lloyd, el salteador de diligencias más famoso de Arkansas, era

motivo suficiente para que por una vez simulasen ignorar las órdenes de su jefe.

Lo que ninguno de los tres sabía aún era que Pat fuese también el jefe de un tipo como Fúnebre Lloyd. Se quedaron como petrificados al oírle decir:

—He venido a verle a usted, Dewill, porque necesitamos ponernos de acuerdo sobre nuestras futuras relaciones. De lo contrario, trabajaré solo.

Pat indicó otra vez a sus hombres que se marchasen, ahora con el brazo, pero Fúnebre le detuvo haciendo un suave gesto.

—Déjelos. Me gustaría acostumbrarme a ellos y conocerlos bien.

—¿Para qué has venido?

Había un cierto tono agresivo en la voz de Pat.

—Verá… —Y Fúnebre se fijó detenidamente, con cierta burlona expresión, en su rostro amoratado aún a causa de los golpes, en sus ropas finas y en la botonadura de perlas de su camisa—. Me han dicho que es usted uno de los mejores partidos de Omaha para una mujer que se precie, amigo Dewill, y que su influencia política crece de día en día.

—Cierto. ¿Y qué tiene que ver eso con tu visita? ¿Tan loco eres que has venido a verme aquí en presencia de todo el mundo?

—No tanto… He entrado por una de las puertas traseras del saloon y nadie me ha visto, a excepción de un muchacho de unos quince años que me ha dicho que estabais reunidos aquí. Mientras permanezcamos en esta habitación, nadie puede vernos tampoco. ¿Qué teme usted, Dewill? Está muy nervioso esta noche.

—No estoy nervioso. Simplemente me fastidia esta situación. Dime a qué has venido y acabemos de una vez.

Fúnebre sonrió, mostrando unos dientes siniestros como los de una calavera.

—He venido para convencerme de que su influencia política crece cada día en la ciudad, Dewill —insistió—. Un hombre que trabaja como yo lo hago, debe saber si está bien protegido.

Pat tragó saliva. Sus pistoleros miraban como obsesionados a Fúnebre, de quien se decía que en un solo día había asaltado a tres diligencias, asesinado a sus ocupantes y a quien se atribuía un fabuloso desafío con seis hombres, uno tras otro, alcanzándolos mortalmente a todos. El hecho de que un pistolero tan temible

como aquél no hubiese sido apenas perseguido dentro del Estado, les había dado que pensar en ocasiones. Pero ahora empezaba a ver clara la situación.

Los notables ingresos de Pat Dewill, que no tenían explicación posible, debían ser obtenidos mediante una participación en los beneficios que proporcionaba el «trabajo» de Lloyd. Y la impunidad de que Lloyd gozaba dentro del Estado debía conseguirla gracias a la influencia política de Pat Dewill y a los turbios manejos con que disponía de los cargos públicos, sobre todo en la ciudad de Omaha.

—¿De modo que quieres saber si estás bien protegido? —Gruñó Pat, prescindiendo de disimulos delante de sus hombres—. Pues lo estás. El *sheriff* de Omaha me debe el cargo y no moverá un dedo mientras yo no se lo ordene. Y ahora dime qué has venido a hacer aquí.

Fúnebre sonrió otra vez, mostrando sus dos filas de dientes horrendos.

—La comarca está muy «gastada», amigo, y me interesa algún trabajo en la misma ciudad de Omaha, donde por lo general nadie se atreve a actuar. Los beneficios serían cuantiosos, pero necesito protección absoluta y la colaboración de algunos de sus hombres. ¿Puedo contar con ambas cosas?

Pat palideció intensamente. Nunca había esperado que Fúnebre Lloyd se atreviera a una cosa así. Cierto que en Omaha se podía ganar una verdadera fortuna en veinticuatro horas con sólo arriesgarse, pero lo que aquel hombre pretendía era demasiado. No se podría tener quieto al *sheriff* si los sucesos ocurrían en la mismísima ciudad.

—No has meditado bien lo que dices —gruñó.

—Lo he meditado perfectamente. El primer golpe será en el Central Bank de la ciudad. El segundo en el rancho de los Winter.

Pat saltó como si acabara de ver una serpiente debajo de su asiento.

—¡El rancho de los Winter no puede ser atacado! ¡Me pertenecerá enteramente dentro de poco y no quiero que tú consigas con las armas lo que ha de caer en mis manos como una fruta madura!

—Está bien, está bien —dijo Fúnebre Lloyd, con tono conciliador—. Me limitaré a asaltar el Central Bank y algún otro

establecimiento de la ciudad, todo en el mismo día. Para ello dividiré a mis hombres en dos grupos, de modo que la alarma que unos siembren en un sector de la población sirva para que no pueda prestarse la debida atención a los otros. Su misión, amigo Pat Dewill, consistirá en cubrirnos sencillamente la retirada, evitando que el *sheriff* salga en persecución nuestra demasiado pronto. A cambio de ello, puedo prometerle cien mil dólares, si todo sale bien. ¡Ah! Y naturalmente, deberá lograr que no se organicen batidas en mi búsqueda por ningún lugar del Estado.

Los ojos de Pat brillaron. ¡Cien mil dólares! Era en realidad como si los tuviese ya en la mano, crujientes y limpios, porque Fúnebre Lloyd nunca había hablado en broma, y cuando proponía un golpe lo había estudiado ya hasta en sus menores detalles. Cien mil dólares y su matrimonio con Eva le convertían en uno de los hombres más ricos del Estado. Le convertirían en una verdadera potencia. Se pasó la lengua por los labios, que habían quedado repentinamente secos.

—Está bien, Fúnebre. ¿Tienes ya decidido donde alojarte esta noche? ¿Cuántos hombres traes contigo?

—Traigo cinco y en cuanto al alojamiento habíamos pensado en su casa, Pat. Allí no llamaríamos la atención.

—De acuerdo. Pero tendréis que ir ahora mismo, dando la vuelta por las afueras del pueblo, y no salir de la casa hasta el momento designado para realizar los golpes. Si alguien más supiera que tu banda está aquí, la alarma sería inevitable. Y ahora demos por terminada la conversación. Mis hombres y yo tenemos que arreglar una vieja cuenta con… un amigo.

Fúnebre sonrió otra vez, al contemplar la cara amoratada de Pat Dewill. Pero se quedó repentinamente serio al ver la rabia con que éste encajaba su revólver.

Jim acababa de gastar sus últimos centavos en una copa de ginebra cuando entraron aquellos tres hombres.

No les conocía, pero desde el primer momento les catalogó como pistoleros profesionales. Se advertía esto en la forma de andar y en la manera de llevar colgados sus revólveres. E inmediatamente Jim, comprobando este hecho, dejó de prestarles atención, porque si una cosa abundaba en Omaha eran los pistoleros.

Aquellos hombres no le miraron siquiera al entrar, limitándose a

acercarse poco a poco al fondo del local. Sabían ya dónde estaba Jim porque le habían observado antes desde una de las ventanas, y de seguir rectos en la dirección que ahora llevaban tenían forzosamente que pasar junto a él. Esto formaba parte de su maniobra.

Uno de ellos. —Cliff, el más sanguinario—, tropezó como por descuido con una de las piernas del joven.

—Disculpe —dijo Jim, sonriendo—. O yo estoy sentado como un borracho o usted camina como un borracho, porque este tropezón no es lógico. Pero posiblemente soy yo el que ha bebido unas copas de más. Perdóneme.

—De modo que, además de ser una detestable cucaracha que no sabe ni sentarse bien, eres un cobarde.

—El valor nada tiene que ver con la cortesía —arguyó Jim, sin perder la sonrisa—. Y luego que demos por terminada esta cuestión.

—¿Terminada? —rugió Cliff—. ¡Vas a pedirme perdón de rodillas! ¡Vas a pedirme perdón de rodillas ahora mismo!

Jim Randall se puso en pie. Una peligrosa lucecita gris brillaba ahora en sus ojos.

—Hace poco un hombre me ordenó también que me pusiera de rodillas. Ese hombre estaría muerto si yo hubiese querido.

—¡Pero no le mataste! ¡No le mataste porque te daba miedo!

Cliff retrocedió dos pasos arqueando los brazos encima de sus revólveres. Sus dos compañeros a su espalda tomaron también discretas posiciones por si era necesaria su intervención. Cliff empezó a sudar porque sólo en la indiferencia con que Jim le miraba había adivinado ya en él al pistolero nato. Si Pat Dewill no intervenía pronto, el desafío sería inevitable, y Cliff no estaba muy seguro de ser el que venciera, pese a la ayuda de sus dos guardaespaldas.

Pero Pat Dewill era hombre que llegaba siempre con puntualidad a todas partes. Y en ese crítico momento hizo su aparición en la puerta del saloon.

—Quieto, Cliff —ordenó—. Ese hombre es mío.

Un silencio espeso, hiriente, siguió a estas palabras. Todos los rostros se volvieron hacia el hombre que acababa de entrar, quien llevaba las manos ya abiertas junto a las culatas de sus revólveres. Un grupo que se había formado junto a la puerta se deshizo como

por encanto y se formó al otro extremo del saloon, donde no había tanto peligro de que corrieran las balas.

—¡Pero si es mi viejo amigo Pat Dewill! —sonrió Jim—. ¿Qué negocio le trae por aquí, compañero?

—Vengo a matarte, Randall. Vengo a matarte delante de testigos para que todos sepan que Pat Dewill no perdona nunca.

Aquella situación parecía resultarle al joven, divertida en vez de trágica.

—Deje que me mate antes ese amigo. Él se enfadó primero y es el que tiene preferencia.

—¡Basta de broma, Randall! ¡«Saca»!

Pat se adelantó al movimiento, confiando que Jim no sería tan rápido. Cliff, además, estaba atento detrás de Randall, con el revólver empuñado ya, dispuesto a acribillar al joven en cuanto éste rozase la culata.

—¡No me he chupado el dedo ni cuando nací, Dewill!

Jim se había lanzado a tierra apenas su enemigo pronunció el temible: ¡«Saca»! No había tomado aún contacto con las tablas cuando hizo algo, al parecer, digno de un loco. En lugar de disparar contra Pat, que era el que más directamente le amenazaba, se contorsionó para disparar contra Cliff, a su espalda, quien ya tenía el revólver levantado y listo para acribillarle. Una mueca de infinito estupor se marcó en las facciones del pistolero cuando sintió a la altura del corazón el choque sordo de la bala. Como un autómata, como una torre metálica y rígida, cayó pesadamente a tierra. Pero Jim ya no llegó a verlo.

Tres enemigos vivos reclamaban su atención y no tenían tiempo para preocuparse de un muerto.

Se contorsionó otra vez, derribando la mesa, cuando Pat disparaba contra él. La bala hizo astillas un vaso en el momento en que caía. Los dos compañeros de Cliff desenfundaron sus armas, mientras lanzaban a dúo una sorda maldición.

—¡Cuadrilla de traidores! —masculló Randall.

Disparó a ciegas contra el grupo que formaban los dos hombres hiriendo a uno. El otro saltó la barra de una ágil cabriola y se dispuso a parapetarse tras ella. Pero perdió en esto unos treinta segundos, durante los cuales Jim quedó solo frente a Pat Dewill.

Pat había disparado con demasiado nerviosismo, pues no

esperaba aquella reacción, y sus balas se estrellaron contra la mesa que Jim acababa de derribar. Cuando por encima de las tablas acribilladas vio asomar el negro cañón de un «Colt» 45, se consideró perdido. No porque él no supiese tirar, sino porque la inesperada y violenta reacción de Jim le había destrozado los nervios.

Pero en ese momento, el *sheriff* de Omaha, que asistía a la pelea, intervino. Si Pat resultaba muerto, podía considerar liquidado su imperio sobre la ciudad. Por eso empuñó sus armas y gritó:

—¡Quieto, pistolero!

Jim no soltó su arma. Se limitó a mirarle.

—No hago más que defenderme como puedo, *sheriff*. Consiga que esos individuos disparen con confeti y yo les imitaré.

—¡No repliques y suelta tu arma!

—Que la suelte primero Pat.

El de la placa miró al hombre a quien debía su puesto y su importancia política en la ciudad. Con gusto le hubiera autorizado para disparar contra Jim Randall, pero ante tal número de testigos, no podía hacer una cosa así, habiendo sido Jim el provocado. Bajo los párpados e indicó con ello mudamente a Pat que podía guardar su revólver.

—Suelta ahora tu arma. ¡Y entrégamela!

Jim se levantó, enarcando las cejas con un gesto de resignación, y depositó su revólver sobre la mesa del *sheriff*. Éste hizo, entonces, una señal a dos de sus subordinados, que cayeron sobre Jim como langostas sobre un sembrado, acogotándolo.

—Bueno, amigo, ¿puede saberse a qué obedecen tales muestras de cariño? —inquirió Jim, apenas le fue posible hablar.

—Obedecen a varias razones. La primera, que eres un granuja y un pistolero indeseable a quien voy a acabar colgando del árbol más alto de Omaha. La segunda que me da la gana tratarte así. Y la tercera que se te confió al cuidado y dirección de *miss* Winter para que no salieras de su rancho, y no has durado allí más de tres horas. ¡Sabes de sobra que no puedes permanecer en Omaha libremente! ¡Por lo tanto, te voy a devolver inmediatamente al rancho Winter! ¡Y te haré ahorcar si vuelves a traspasar sus límites!

Jim quedó anonadado. Y no se le ocurrió más que decir una sola cosa:

—¡Atiza!

* * *

La honorable familia Winter estaba sentada en el comedor, apaciblemente reunida durante la hora de la cena. No se oía más que el tintinear de los cubiertos de plata y los pasos discretos de los criados que servían la mesa.

—Lo de ese pistolero, ese Jim Randall, es un episodio que avergüenza y mancha el honor de nuestro ilustre apellido —dijo por fin la honorable *mistress* Winter, como si diera suelta a un pensamiento largo tiempo contenido—. No debiste tolerar que ese hombre viniera a nuestro rancho, Eva.

—Fue algo que necesitaba hacer —respondió tristemente la muchacha—. Era un imperativo de mi conciencia. Pero es inútil hablar ya de eso porque Jim Randall no volverá a poner los pies aquí.

—No —concluyó el honorable Winter.

Y diríase que al modular aquella palabra había sentido más dolor que si le estuviese apretando una bota.

—Parece que sientas pena —insinuó su esposa, recelosamente.

—¿Pena yo? ¡Oh, no! ¡Claro que no! ¿Quién era, al fin y al cabo, ese Jim Randall? Un indeseable, un tipo que vive del gatillo.

Lo dije ya apenas le vi: «Ése acabará mal y nos hará acabar mal a todos». Pero, afortunadamente, ya no ha de volver más.

—No —repitió Eva—. Nunca más.

—Afortunadamente —terminó *mistress* Winter.

En ese momento se abrió la puerta, y uno de los sirvientes negros anunció:

—Ha vuelto aquel hombre.

—¿Aquel hombre? —musitó el honorable Winter, poniéndose de repente en pie—. ¿Quién es y qué quiere?

—Debe referirse al delegado del gobernador, que estuvo aquí la semana pasada —sonrió ufana *mistress* Winter—. ¡Qué gran honor para nuestra familia!

—No, no, señora —tartamudeó el criado negro—. Siento decirles que no es el delegado del gobernador. El hombre que ahora está aquí no podría ser delegado de nadie, a no ser del mismísimo diablo.

—¿Pero, qué dices? —Logró articular el honorable Winter, mientras notaba que se le abría la boca.

—Sí, soy yo —proclamó una alegre voz, junto a la puerta—. ¡Sé que se morirán ustedes de satisfacción al verme! ¡No hay nada como la familia! ¡Ea! ¡Alegrémonos! ¡El hijo pródigo ha vuelto!

Y Jim Randall, dando un empujón al criado, entró en la habitación. Venía esposado y le vigilaban dos agentes del *sheriff*.

—¡Querido papá! —exclamó mirando al honorable Winter.

Y el honorable Winter, gritó:

—¡Hijo mío!

Fue ése el momento que *mistress* Winter eligió para desmayarse. En cuanto a Gracy, lanzó un grito de entusiasmo, y Eva, intensamente pálida, corrió hacia la salida del comedor, subió rápidamente a su dormitorio y se encerró en él para llorar amargamente.

CAPÍTULO V

FÚNEBRE LLOYD

Había amanecido un hermoso día. Y el honorable Clem, que siempre se levantaba con el alba «porque un hombre que se precie debe hacerlo así», no apareció hasta las once por los lugares donde se desarrollaban las faenas del rancho. Y además había bebido un poco. La honorable *mistress* Winter atribuyó todo esto a la maligna influencia del demonio que tenía bajo su techo.

—¿Se puede saber qué te ha ocurrido hoy? —preguntó a su esposo apenas lo vio aparecer, a la hora del almuerzo—. ¿Cómo se explica el que te hayas levantado tan tarde?

—¡Hum! Ha sido una especie de prueba. Quería saber si ese muchacho se ponía a trabajar de firme aun sin estar yo delante. Y cuando he aparecido por allí había trabajado. ¡Vaya si había trabajado! Creo que deberíamos hacer todo lo posible para que se quedase definitivamente en el rancho. Es… ¿cómo diría yo…? Un campeón. Da la sensación de que puede hacer cualquier cosa, por difícil que sea. Y además, es un tipo que no se jacta de nada y a quien no le gusta darse importancia.

Eva, que estaba pálida y ojerosa después de haber pasado una triste noche, miró de soslayo a su padre.

—No me gusta que ese hombre esté aquí. No sé por qué, pero es como tener el demonio en la casa.

—Exacto, hija mía —aprobó *mistress* Winter—. Y si ese tipo sigue con nosotros, tu prometido Pat Dewill no podrá acercarse por el rancho, a menos que se decida matarlo. Cosa que hará, a no dudar, en cuanto se ponga al alcance de sus revólveres.

—No sé quien matará a quién… —carraspeó, tímidamente, el honorable Winter.

—En concreto, hemos de tomar una decisión —murmuró Eva, sin levantar los ojos del mantel que cubría la mesa.

—No sé para qué diablos te convertiste en abogado —rezongó el honorable Winter.

—¡Hablas ya como un carretero! —saltó *mistress* Winter—. ¿Qué significa eso de «diablos»? ¿Es qué ya te estás volviendo como ese patán?

El honorable Winter estuvo a punto de decir que Jim no era ningún patán y que él estaba satisfechísimo de tener por fin una persona divertida en el rancho, pero optó por guardar silencio.

—Está bien, esposa mía —concedió tras un breve paréntesis—. Tú mandas. ¿Qué es lo que debemos hacer?

—¡Expulsar a ese hombre otra vez!

El padre de Eva abrió y cerró las manos dos veces, impotente.

—¡Pero el *sheriff* lo volverá a traer! Eva ha asumido un compromiso ante la ley, ¿no lo comprendes?

—Ese compromiso puede fácilmente anularse mediante la influencia política de Pat —*mistress* Winter se sentía triunfante—. Si Pat lo desea, y lo deseará si nosotros se lo pedimos, ese hombre será expulsado de la ciudad. No digo ahorcado porque no le deseo ningún mal, sólo pretendo verle alejado de nuestra casa. De modo que hoy expulsaremos a Jim Randall, o como se llame, de este rancho, y acto seguido nos dirigiremos a Pat para que nos lo haga salir de Omaha. Tú y yo —concluyó, dirigiéndose a su esposo—, nos encargaremos de decirle que no puede continuar un minuto más aquí.

—¡Pero si esta misma mañana lo he felicitado! —musitó tristemente el honorable Winter—. ¿Qué va ahora a pensar de mí?

—Peor es lo que nosotros pensamos de él. Y cree que mi plan es muy razonable. ¿No opinas tú lo mismo, Eva?

La muchacha bajó los ojos.

—Sí, yo opino lo mismo.

Se levantó y salió presurosamente de la habitación, sin querer añadir una palabra más. Todos se volvieron a mirarla, sorprendidos, sin adivinar exactamente qué era lo que la ocurría. Sólo Gracy lo adivinó. Y dijo:

—A Eva le sabe mal que yo tenga novio.

Eva salió a dar un paseo.

—¿Cómo? ¿Qué dices, desdichada? —amonestó la honorable *mistress* Winter.

—Yo sé lo que me digo.

—¡Y yo también! ¡Por lo pronto no saldrás de tu habitación en todo el día! ¡Oh, el Oeste! ¡Tierra abandonada de los espíritus del bien!

Se llevó las manos a la cabeza, con grandes aspavientos, y salió asimismo de la habitación, según dijo, para aspirar un frasquito de sales.

Eva, entretanto, había salido al campo. El sol acababa de ocultarse, y unas nubes negras amenazaban tormenta hacia el Norte. Pero la muchacha no lo notó porque ya la tormenta estaba en su interior, en su propio corazón, trastornando sus sentimientos y derribando todos los diques morales que se oponían a su paso.

No quería confesárselo, pero aquel pensamiento estaba allí, en el fondo más recóndito de su ser, martirizándola y al mismo tiempo llenándola de una alegría salvaje, desconocida y secreta.

Eva no sabía aún lo que era el amor, porque jamás había amado a Pat Dewill, el pretendiente aconsejado por su madre.

Pero si el amor era sentir delante de otro ser una misteriosa turbación, si el amor era desear la presencia de ese ser y al mismo tiempo temerla, si era deseo de besar y ser besada en un loco arrebato, ella estaba enamorada de Jim Randall.

Llevándose una mano a la frente, como si quisiera contener el tropel de sus pensamientos, echó a andar. Gruesas gotas de lluvia cayeron a su alrededor, pero ella no lo notó. El cielo se había oscurecido tanto, que parecía como si ya estuviese empezando a caer la noche. Todo en el rancho se hizo gris y siniestro de repente. Una ráfaga de aire frío levantó aún del suelo débiles partículas de polvo.

El descubrimiento que acababa de hacer anonadaba a Eva Winter. La noche anterior, cuando Jim Randall se presentó de nuevo en el rancho, ella había llorado no supo si de alegría o de rabia, pero había llorado y ése era un síntoma que no fallaba nunca. Ahora, al saber que Jim iba a ser expulsado de nuevo, al saber que iban a pedir a Pat que se le arrojara de la población, se daba cuenta

de que una pena devoradora y sorda se adueñaba de su espíritu. Una pena que no quería nombrar, porque al tratar de hacerlo la palabra «amor» acudía a su pensamiento. Y Eva Winter estaba demasiado convencida de la importancia de su familia para admitir que se sentía interesada por un ladrón de caballos a quien prácticamente había salvado de la horca.

La lluvia arreció cuando pasaba cerca de los graneros y entonces se dio cuenta de que estaba empapada. Bruscamente, como si despertara de un sueño, corrió hacia una de las entradas. Un olor caliente y tierno salió a recibirla. Una penumbra suave reinaba en aquel lugar, adonde no llegaba más ruido que el compás monótono y uniforme de la lluvia.

Eva volvió a hundirse en sus pensamientos. Se dijo que si de verdad llegaba a enamorarse de aquel hombre, sería para ella y para todos, una verdadera catástrofe. Debía luchar contra aquel absurdo amor con todas sus fuerzas, con toda su voluntad.

Tomó asiento sobre la paja fresca y miró hacia la puerta, a través de la que veía caer la lluvia. El ruido de ésta, lento y monótono, hubiera acabado por adormecerla a no ser porque…

Bueno, alguien estaba junto a ella.

Notó sus manos muy cerca, moviéndose a través de la penumbra. Vio brillar sus ojos con un brillo acerado y gris.

—¡Usted! —barbotó—. ¿Qué hace aquí, Randall?

El joven le dirigió una sonrisa que no era la habitual en él, sino que más bien reflejaba una oculta tristeza.

—Hago lo mismo que usted: meditar sobre mi perra suerte.

—¿Y cómo sabe usted que yo medito sobre mi perra suerte? Tal vez ha olvidado que soy una Winter y que la fortuna me sonríe. No tengo por qué lamentarme de nada de lo que ocurre. ¿Me ha comprendido?

—Lo comprendo. Pero tiene usted hoy una cara que parece desmentir sus palabras, hermana.

—Lamento que además de ser un individuo de vida poco recomendable, sea usted un indiscreto, señor Randall.

—Hay veces en que por fuerza debe uno serlo. Por ejemplo, ahora. ¿Sería mucho preguntarle cuándo piensan expulsarme de aquí?

Eva se sobresaltó. Era como si Jim supiese ya de antemano todo

lo que iba a ocurrir.

—Hemos decidido expulsarle inmediatamente. Mis padres se lo harán saber de forma oficial apenas le vean señor Randall.

El joven sonrió otra vez con su sonrisa despreocupada y alegre, como si volviera a ser el mismo. Se acercó un poco a Eva, dejándose caer sobre el heno, y durante unos instantes silbó mirando al techo.

—Ahorraré a sus padres ese trabajo —dijo al fin—, voy a marcharme del rancho Winter en seguida, y si puedo me estableceré en Omaha.

—No lo conseguirá, Pat se encargará de hacer que lo expulsen también de la ciudad.

Jim Randall, al oír aquel nombre, se la quedó mirando. Su mirada fue muy extraña, como si de repente entre Eva y él, se acabasen de plantear las cosas en el terreno de la verdad. La muchacha se mordió los labios al notar sobre sí aquella mirada, al advertir que él descubría uno por uno todos sus pensamientos.

—Eva, ¿está usted enamorada de Pat Dewill?

La pregunta sobresaltó a Eva, porque no era capaz de contestarla. Tuvo que mirar a otra parte para que él no adivinase la inmensa turbación que se acababa de traslucir en sus ojos.

—¿Ama usted a Pat Dewill, Eva?

—No lo sé.

Había respondido sin apenas darse cuenta. Ella misma se sorprendió del sonido de su voz. Y tercamente siguió mirando hacia otro sitio para que él no viera sus ojos.

—Sabe que no le ama —susurró Jim—. Eso es todo. Y si no le ama, Eva, ¿por qué va a unir su destino al de él? ¿Por qué convertirse en la esposa, en la esclava casi, de un hombre que no despierta en usted más que miedo?

Eva se estremeció. Sí, eso era lo que Pat despertaba en ella: miedo. Un miedo que no se atrevía a confesar, que le parecía ridículo, pero que iba como diluido en su propia sangre. Otra vez tuvo la sensación de que Jim adivinaba todos sus sentimientos, y la turbación que la embargaba aumentó.

—Eso a usted no le importa.

—Sí, Eva. Me importa. Usted me sacó de un mal pasó e hizo por mí mucho más de lo que nadie ha hecho hasta ahora. Aunque me considere un mal bicho y aunque en realidad yo lo sea, todavía

tengo un trocito así de pequeño de corazón. Y ese trocito de corazón me duele al pensar que usted va a casarse con Pat. Son todos ustedes demasiado buenos y demasiado honrados para eso.

—¿Qué tiene usted que decir contra Pat? —saltó Eva, deseando terminar cuanto antes aquella conversación que la enardecía, salir de aquel ambiente que la excitaba hasta hacerle bordear el peligro.

—Pat tampoco la ama a usted —susurró Jim—. Y eso sí que me parece un pecado.

Se puso tristemente en pie y le tendió la mano. Ella se la estrechó. Temblaron sus dedos.

—¿Va usted a marcharse… ahora?

—Cuanto antes lo haga, será mejor. En realidad, no debí aceptar nunca su ofrecimiento. Le ruego que me perdone, Eva… y gracias.

La muchacha sintió que él retenía su mano, y no hizo nada para evitarlo. Un misterioso calor penetraba en su piel a través de la piel de Jim Randall. Y fuera, la monotonía de la lluvia, aquel sonido que hacía las cosas más íntimas y más secretas. Los labios de Eva se entreabrieron y sin darse cuenta echó la cabeza hacia atrás.

—Le juro que yo no deseo que usted se marche, Jim —musitó—. Se lo juro con toda el alma. Pero desde que ha llegado al rancho ha significado usted una preocupación y un peligro para todos nosotros, por lo que lo lógico, es que no volvamos a vernos. Crea que le recordaré siempre como a un agradable amigo, Jim.

—¡Un agradable amigo! —ironizó, tristemente, él—. Jamás podré ser otra cosa para una mujer como usted: una diversión.

Los ojos de Eva parpadearon un instante.

—Estamos muy alejados, Jim. Es como si usted y yo hubiésemos nacido en distintos planetas, porque es un mundo entero de convencionalismos, educación, costumbres e intereses el que nos separa. Y sin embargo, resulta extraño lo que siento en su presencia. Como si le hubiera conocido siempre. Como si en el fondo de mi corazón hubiera estado esperando siempre la llegada de un hombre como usted.

Jim la miró y la vio tan joven, tan deseable, tan tentadora, que se vio precisado a cerrar los ojos para no sucumbir. Pero aun con los ojos cerrados, seguía llegando a él el olor del heno fresco y limpio, mezclado con el olor fresco y limpio de la piel de Eva. A sus oídos seguía llegando la música de su respiración, aquella

respiración anhelante que era como una llamada.

Abrió nuevamente los ojos y vio que Eva le estaba mirando.

—Yo sí que estoy seguro de que siempre he esperado la llegada de una mujer como tú.

Tiró de su mano al parecer suavemente, pero en realidad con una increíble energía. Eva, sin saber cómo, se sintió levantada del heno y estrujada entre sus brazos.

Aquel beso duró apenas un instante. Fue tan breve como un roce casual, pero en el corazón de los dos dejó una indeleble marca. Cuando sus rostros se separaron, los dos supieron que su vida acababa de cambiar. Estaban condenados en cierto modo, porque habían dado paso a un amor imposible.

—Lo siento, Eva —susurró él—. Jamás debí hacerlo.

—Vete, Jim. Vete ya. Y no vuelvas nunca.

Él se separó dos pasos. Fue a darle la mano otra vez, pero a medio camino se dio cuenta de que aquello no sería si no una nueva tentación y retiró presurosamente su brazo. Eva se le quedó mirando con unos ojos brillantes, húmedos, que presagiaban llanto.

—Adiós, Eva.

Dio media vuelta y salió. Pero en la mismísima puerta se tropezó casi con el honorable Winter, quien o lo había visto todo, o lo había imaginado todo. Jim creyó que por lo menos, el rico hacendado saltaría sobre él. Pero el rico hacendado no hizo nada de eso.

Guiñó un ojo a Jim.

—¿Te largas, muchacho?

Jim tuvo que tragar saliva. Al cabo de un instante, tartamudeó:

—Me… me voy, señor.

—Si te quedas algunos días en Omaha, no dejes de pasarte los viernes por el Holiday Saloon. Yo voy por allí hacia las siete de la tarde, según digo a mi mujer para tratar de los precios del ganado. Pero en realidad lo que hago es beber unas copas y jugar una partida de naipes. Me gustaría hacerlo en tu compañía, muchacho. ¡Qué diablos! Desde que estás tú en el rancho, tengo mucho menos miedo a mi mujer y me siento muchísimo más joven. ¡Además, a mí tampoco me gusta Pat!

Dio a Jim un golpe con el codo. El joven sonrió, un poco forzadamente, pues en realidad se sentía avergonzado.

—Bien, me marcho, señor. Le ruego que me perdone por todo.

Pronunció la palabra «todo» con una entonación muy especial. Y entonces el honorable Winter le miró directamente a los ojos.

—Muchacho, yo no me alejaría demasiado de Omaha. Conozco a los hombres y sé que se puede confiar en ti. Es posible que… —vaciló—, es posible que quieras escribir alguna vez a Eva. En tal caso, me diriges la carta a mí y pones una cruz sobre la dirección. Yo cuidaré de entregársela.

Jim se estremeció. Aquel hombre veía en sus pensamientos como a través de un cristal. Y conocía ya el huracán de pensamientos en que Eva y él se veían envueltos, adivinando las dudas y los sufrimientos de los dos. Eso le avergonzó más aún, porque él no tenía derecho a amar a Eva. No tenía derecho ni siquiera a levantar sus ojos hasta ella.

—Repito que debe usted perdonarme, señor.

Y se alejó lentamente en dirección a Omaha.

La lluvia había amainado y ahora un tímido sol comenzaba a insinuarse entre las nubes negras.

* * *

Fúnebre Lloyd miró a Pat y dijo:

—Voy a bajar a la población. Lo necesito.

La casa de Pat estaba situada sobre una pequeña colina, y desde ella se divisaba Omaha en toda su extensión. Hasta allí llegaba por las noches la musiquilla de los diversos locales y eso era lo que debía haber acabado de volver loco a Fúnebre Lloyd.

—¿Has perdido la razón? Todo fracasará si alguien te reconoce.

—Precisamente eso forma parte de mi plan. Quiero que me reconozcan.

Pat no le entendía. Insistió:

—¿Para qué necesitas ir a Omaha?

—Quiero divertirme un poco. Luego, alguien me reconocerá y se producirá el jaleo. Mientras, actuarán mis hombres en el Central Bank. ¿Has comprendido? Y otro pequeño grupo, entretanto, se dedicará a asaltar la estafeta de Correos de la Casa de Postas. Durante unos minutos todo el mundo va a creer que en el centro de Omaha ha brotado un volcán.

Estaban en el despacho de Pat, alumbrados por la luz de un quinqué de petróleo. El dueño de la casa acercó a la llamita la

punta de un cigarro y esperó a que se encendiera.

—Lo comprendo todo. Un plan muy inteligente, con el único fallo de que resulta muy peligroso para ti. Sobre todo ahora, a las ocho de la noche, cuando todo el mundo esté en la calle.

—Ningún golpe resulta bien si no está concebido con audacia —sentenció Fúnebre Lloyd—. Y cuando un golpe ha sido concebido con audacia y además se realiza a la perfección, no es peligroso.

Pat Dewill miró a Fúnebre con cierta contenida admiración. La fama de aquel hombre provenía, aparte sus vestiduras negras y sus ojillos de ratón vicioso, del hecho de que sus golpes siempre estaban planeados con una perfección y ejecutados con una crueldad que no permitía a los atacados defensa posible. Si él pensaba realizar de aquella forma los asaltos al Central Bank y la estafeta postal, no había duda de que el procedimiento por él elegido era el mejor. Pero su interés por exhibirse a través de Omaha debía haber también algo más. Y Pat dio exactamente en el clavo cuando dijo:

—Sabes que después de esto tendrás que largarte de la ciudad. Y te parece lastimoso volver a tus madrigueras de la montaña sin haberte divertido antes en un lugar como éste.

Brillaron los ojillos de Fúnebre.

—Sí. Tienes razón. En Omaha hay bebidas, hay música y hay chicas. Además, hay posibilidad de sangre y de pelea. Sin todas estas cosas, yo no puedo vivir. Y quiero divertirme un rato hasta que, dentro de una hora, comience el asalto. Aquí tengo preparado ya un plano de la población, que debemos estudiar. Conviene que estén aquí los hombres.

Pat los hizo venir, y reunidos todos en torno a una mesa, se comenzó a estudiar el plan de actuación para aquella noche. A cada uno de los pistoleros se le asignó un puesto y una tarea concreta. Fúnebre Lloyd preparó la operación como un general que distribuye sus tropas. Y Pat se dio cuenta de que, a pesar de ser él el que protegía a aquel hombre, no era en realidad más que un subordinado suyo. La idea le irritó, pero se desprendía de cada uno de los actos de Fúnebre Lloyd una fuerza y una seguridad tales, que Pat se sentía impotente para luchar contra él.

—Ahora me marcho solo —dijo el pistolero—. No olvidéis mis instrucciones.

Y salió de la habitación para dirigirse al porche y montar

lentamente su caballo, tras haberse ajustado bien los revólveres en las fundas.

La ciudad de Omaha se extendía rutilante a sus pies, bien ajena a la tempestad que sobre ella se cernía aquella noche.

CAPÍTULO VI

SINFONÍA SANGRIENTA

El honorable Winter solía ir a Omaha una vez por semana para jugar una partida y beber un par de copas sin que se enterase su mujer, tal y como había dicho a Randall. Pero esa noche hizo un viaje extraordinario a la ciudad porque en ella se encontraba uno de los principales consejeros del Central Bank, en visita de inspección y antes de que marchase deseaba proponerle un negocio para el cual necesitaba su colaboración. Se trataba de transportar una considerable cantidad de cabezas de ganado a California, lo que requería una fuerte inversión de capital y a ser posible un seguro. Era una operación que podría proporcionar grandes beneficios o acarrear graves pérdidas, y por eso el honorable Winter deseaba consultar al consejero del Central Bank. Ése fue el motivo de que hiciera preparar aquella noche su calesín y dijera a Eva:

—¿Quieres venir conmigo? Voy a la ciudad.

Le guiñó un ojo. Eva se sonrojó.

—Está bien, voy contigo. Yo también aprovecharé para hacer una visita. El comerciante Bacall quiere mostrarme copia de un testamento por si es posible conseguir su anulación.

Subieron los dos al calesín y emprendieron el camino de Omaha. Llegaron a la ciudad justamente a las nueve menos veinte minutos de la noche.

—El consejero del Central Bank se aloja en el Queen Hotel —dijo el honorable Winter—. ¿Quieres acompañarme o prefieres tú entretanto visitar a tu cliente?

—Iré a visitar a Bacall. Estaré con él tan sólo unos quince

minutos y luego iré en tu busca.

Padre e hija fueron, pues, en distintas direcciones, sin sospechar que sobre la turbulenta ciudad se estaba fraguando algo que ennegrecería aún más su ya turbulenta historia.

Eva visitó a Bacall, con quien permaneció apenas unos cinco minutos. El comerciante, tras saludarla, le entregó copia de un testamento muy antiguo, redactado por su abuelo, testamento que le perjudicaba y que deseaba anular si era posible. Eva le prometió que lo estudiaría atentamente y le daría luego su opinión. Acto seguido salió nuevamente a la calle.

Todo en Omaha reflejaba la animación y la alegría de una ciudad próspera, y al mismo tiempo la depravación y el desorden de una ciudad donde todo era nuevo y a la que los pistoleros llegaban cada día de los peores rincones del Este. Eva pasó ante un par de teatrillos juntos a cuyas puertas se amontonaban los borrachos. Manos ávidas fueron en busca de su cuerpo, y tuvo que apartarse violentamente para poder seguir su camino. Palabras que le daba vergüenza oír sonaron a su paso.

Para llegar al Queen Hotel, donde debía encontrar a su padre, le era necesario cruzar aún frente al New Saratoga, el saloon más turbulento y de peor fama de la comarca. Y pensaba ya en la posibilidad de dar un rodeo por las calles más apartadas de la población, cuando le sorprendió que del New Saratoga no partieran las voces, los denuestos y las musiquillas que eran tan habituales en él como las moscas en un campamento de verano. Por el contrario, un silencio espantoso, una atmósfera de hielo reinaba en los alrededores del saloon.

No fue ella la única en notarlo, pues varios hombres se detuvieron también ante los batientes, al pasar, sorprendidos. Uno de ellos comentó:

—Ni que todo el mundo se hubiese quedado muerto ahí dentro. ¿Qué diablos pasa?

Eva pensó angustiada en Jim Randall, a quien no había visto en su breve paseo por la población, y sintió su corazón apretado por una angustia sorda. Pero no era Randall el que había provocado aquel silencio en el New Saratoga.

De improviso, los batientes fueron empujados desde dentro y un hombre, mortalmente pálido, salió al exterior, andando de espaldas.

—¡Fúnebre Lloyd! —barbotó—. ¡Fúnebre Lloyd está aquí!

Un disparo cortó en seco sus palabras. El hombre se llevó ambas manos al pecho y cayó lentamente, mientras una gran mancha roja se extendía sobre su camisa vaquera. Ni siquiera había tenido tiempo de desenfundar su revólver.

Alguien gritó entonces, dentro del saloon:

—¡Le has asesinado, Lloyd! ¡Le has asesinado tan sólo porque te dio un codazo! ¡Eres un miserable!

Esa voz había sonado junto a la puerta. Nuevo disparo y nuevo temblar de los batientes. Un tipo de unos treinta años, barbudo como un oso, salió a la calle dando traspiés. Un grito de horror partió de la muchedumbre estacionada en el porche al darse cuenta de que aquel hombre tenía ya el cuello atravesado por una bala.

Casi inmediatamente, apenas aquel segundo muerto había tomado contacto con las tablas, los batientes fueron empujados y Lloyd apareció en el umbral.

Eva había oído nombrar muchas veces a aquel hombre, pero ésta era la primera vez que lo tenía ante los ojos. Y se estremeció al ver sus ropas negras, la mirada brillante y burlona con que envolvió a todos, las grandes manos con que acariciaba las culatas de sus revólveres. Hubo al verle un movimiento instintivo y desordenado de retroceso, aunque todos los hombres iban armados y no tenían fama de cobardes. Pero el nombre de Fúnebre Lloyd pesaba demasiado en el recuerdo de todos para osar desafiarle.

—¿Alguien más quiere saludarme? —retó el pistolero, con una sonrisita irónica—. Aún me quedan balas.

Nadie respondió. Un hombre volvió la espalda y los otros le imitaron rápidamente. En menos de treinta segundos el grupo quedó disuelto para ir formándose lentamente al otro extremo de la calle. Y Eva iba a volver la espalda también alejándose cuando una voz fría y metálica ordenó:

—Tú, preciosa, quieta.

Eva se estremeció. Era la voz de Fúnebre. Y decidió no obedecer.

Apretando los labios, dio un salto y trató de ganar el otro lado de la calle. El pistolero gritó:

—¡He dicho que quieta!

Desenfundó su revólver en vista de que Eva no le obedecía, y empezó a disparar. Lo hizo con una rapidez y una precisión

increíbles, tirando justo a los pies de la muchacha para que ésta no se atreviera a dar un paso más. Y en efecto, cuando Eva vio que ante ella se formaban repentinos surtidores de polvo y que cada vez que movía un pie, una bala restallaba junto a su zapato, tuvo que detenerse.

Se volvió poco a poco, desafiando con su mirada a Fúnebre Lloyd.

—¿Qué quieres, granuja?

—No me gusta que las mujeres desobedezcan mis órdenes. Ven. Acércate un poco más y deja que te vea.

Se escuchó un sordo murmullo de lado a lado de la calle. Fúnebre Lloyd tenía una pésima fama en lo relativo a mujeres, y más en este momento, cuando todos adivinaron que llevaba largo tiempo sin ver a ninguna. Hubo un par de valientes que se adelantaron para proteger a Eva, pero los brazos de los más prudentes les sujetaron, impidiéndoles avanzar.

—Te ordeno que te acerques, preciosa.

Eva obedeció. Lo hizo con aire de desafío, contoneándose y procurando que cada movimiento realzara más y más cada detalle de su seductora figura. Cuando estuvo a dos pasos de Fúnebre alzó un poco el rostro y sonrió. Los ojos del pistolero brillaron de salvaje excitación.

—Eres endiabladamente hermosa. Eres…

Eva no le dejó terminar. Su sonrisa quedó cortada de repente, y apretando los puños, escupió de lleno sobre el rostro del pistolero. Fúnebre recibió el impacto en plena cara y sus dientes entrechocaron de rabia.

—¡Maldita!

Movió la mano derecha, y de un seco golpe hizo caer a Eva por tierra. Luego, empujándola con la bota, la hizo rodar. Eva, perdida ya la serenidad, chilló angustiada.

—¡Vas a acordarte de Fúnebre Lloyd! ¡Vas a quedar marcada para toda la vida!

Lloyd no era más que un histérico y un canalla, y lo dejó bien demostrado a continuación. Lentamente acercó su bota derecha, armada de una gran espuela mexicana, al rostro de la joven, con la intención evidente de destrozarle el rostro y dejar en él una señal que durase toda la vida.

—¡Toma, estúpida!

Eva lanzó un grito de agonía. Vio cómo las agudas puntas de la espuela se acercaban a su rostro.

Lloyd rasgó la piel a la muchacha. Bueno, eso es lo que en el primer momento, él creyó que había hecho.

Una bala le arrancó la espuela y le obligó a encoger la pierna sin ni siquiera darse cuenta, con un instinto movimiento de defensa.

—¡Te saludo, Fúnebre Lloyd!

El hombre que acababa de disparar estaba ahora en el centro de la calle, volteando tranquilamente su revólver en la mano derecha. Tenía un aspecto despreocupado y tranquilo, y de uno de los bolsillos de su camisa salía la parte superior de una armónica. Sonreía con una expresión entre indiferente y desdeñosa, mirando al pistolero.

—Lamento haberte estropeado la espuela. Pero como al fin y al cabo van a enterrarte sin ellas…

Fúnebre palideció, mientras se mordía los labios. Sus manos se abrieron dos veces en el aire, con gesto de impotencia.

—¡Ah, ya comprendo! —sonrió el aparecido—. Te da miedo ver que llevo el revólver en la mano, ¿verdad? Pues si es sólo por eso no debes echarte a temblar.

Volteó el revólver de una forma prodigiosa, soltándolo en el aire, y él mismo fue a quedar bien encajado en la funda. Lloyd sintió que la saliva se le atragantaba, mientras un sordo rumor de admiración se extendía de un lado a otro de la calle.

—¿Quién eres? —Silbó Lloyd—. No te he visto jamás en Arkansas ni en ninguna parte del Oeste central.

—Me llamo Jim Randall —declaró el aparecido—, y tengo la fea costumbre de probar cada noche el funcionamiento de mis revólveres deshaciendo la cabeza del primer granuja que me sale al paso. Resulta que en Omaha ya se me van acabando los granujas, y mis revólveres se mueren de aburrimiento. Pero estoy satisfecho porque esta noche ya he encontrado lo que andaba buscando.

Hablaba con la misma seguridad que si tuviese a Lloyd atado de pies y manos ante él y a punto para el tiro de gracia. Esa misma seguridad hizo que el pistolero sintiese como si una cosa fría le recorriera la espalda.

—Puede que te perdone la vida, Lloyd —sonrió Jim, de repente

—. Puede que me decida a no reventarte como a una hiena si te pones de rodillas delante de esa mujer y le pides perdón en voz alta.

Lo que Jim acababa de decir era demasiado asombroso para ser creído. Provocar de tal modo a Fúnebre Lloyd era propio tan sólo de un demonio o de un loco. Jamás Fúnebre se humillaría hasta aquel extremo. Jamás. Lucharía como una fiera herida hasta destrozar al hombre que se había atrevida a desafiarle ante toda una ciudad.

Los labios de Jim se entreabrieron en una sonrisa cuadrada.

—¿Qué dices, Lloyd? ¿Te gusta más la postura del ataúd que la de las dos rodillas en tierra?

Todos vieron cómo el pistolero se mordía los labios. Arqueó un poco los brazos y comenzó a avanzar hacia Jim, mirándole con ojos de fuego.

El desafío era inevitable. Pero Jim Randall no se inmutó en lo más mínimo, y el lugar de acercar sus manos a los revólveres, lo que hizo fue extraer con la izquierda la armónica y limpiarla descuidadamente sobre la pechera de su camisa. Los espectadores de aquella extraordinaria escena se negaban a dar crédito a sus ojos.

Y entonces sucedió algo que era todavía más increíble.

Fúnebre Lloyd se arrugó. Presentó bandera blanca. Se deshizo como un puñado de nieve en medio del desierto.

O sea, que se arrodilló frente a Eva.

Un rumor de incredulidad corrió de lado a lado de la calle. A la misma Eva el asombro le hizo abrir de tal modo los ojos que pareció como si fuesen a saltársele de las órbitas. Y Jim creyó haber visto mal. Tan grande fue su sorpresa.

—Ahora pídele perdón en voz alta —ordenó, poniéndose en guardia, parque no cabía duda de que aquello era un maldito truco.

—Le pido… perdón… —tartamudeó Lloyd.

Pero Jim había hecho muy bien en prevenirse, porque aquélla no era más que una jugada. Apenas el pistolero se vio protegido en parte por el cuerpo de Eva, se arrojó completamente al suelo y sacó su revólver, mientras lanzaba un salvaje grito.

Aquel grito de odio se transformó pronto en un gemido de dolor. Porque Jim, sin desenfundar el revólver, había hecho fuego atravesando la mano a Lloyd.

—No me gusta que se juegue con trampa, Fúnebre.

—¡Ni a mí me gusta que sigan vivos los que me han insultado

una vez!

Abrazándose materialmente al cuerpo de Eva, rodó por el suelo con ella, mientras intentaba sacar su revólver izquierdo. Jim comprendió que si su enemigo lograba desenfundar, Eva y él se encontrarían en gravísimo peligro, por lo que actuó rápidamente y sin un segundo de indecisión. Dio un salto y cayó sobre Lloyd, en el momento en que éste empuñaba el revólver.

El ruido producido por el choque de los dos cuerpos resonó sordamente en la calle. Eva quedó a un lado, mientras Fúnebre y Jim rodaban abrazados sobre el polvo, junto al porche del New Saratoga.

—¡Vas a pagar esto, Lloyd!

—¡Nadie me ha vencido todavía!

Los dos hombres se pusieron en pie, sosteniéndose uno al otro, en un precario y difícil equilibrio. Jim retorció la mano con que Lloyd empuñaba su revólver, hasta hacérselo lanzar al suelo con un sordo chasquido de huesos. Pero Fúnebre, por su parte, no había perdido el tiempo.

Comprendiendo que no podría evitar el que Jim le hiciese soltar el revólver, había tirado sabiamente de la gastada hebilla del cinturón del joven, haciéndolo caer. Ambas cosas —el revólver de Fúnebre y el cinto de Jim—, cayeron casi al mismo tiempo. Y los dos hombres, cuando se separaron, no tenían más armas que sus puños ni más ansia que ésta: matar.

Fúnebre fue el primero en atacar, haciendo una hábil finta de izquierda. Jim se desorientó y recibió un brutal derechazo en pleno rostro, bamboleándose estremecido de dolor. Su enemigo se inclinó entonces para recoger el revólver.

Y un largo aullido de dolor hizo estremecer el aire.

Jim, apoyando un solo pie en tierra, levantó la otra pierna con una fuerza y una rapidez alucinantes. Su bota se clavó salvajemente en la mandíbula de Lloyd, haciéndole caer hacia atrás.

Jim pudo recoger un arma, pero no lo hizo.

Cometió la imprudencia de querer exterminar a Lloyd con sus propias manos.

Se lanzó sobre él, y Lloyd, recuperándose, levantó ambas piernas al mismo tiempo. Jim fue recogido en ellas como en una gran palanca y lanzado sordamente de espaldas contra el porche del

Saratoga y quedó unos segundos, inmóvil.

—¡Dios mío, Jim!

Era Eva la que había chillado. Porque junto a ella Fúnebre acababa de apoderarse de su revólver y lo empuñaba fuertemente con la mano izquierda. Estaba tan absorto en su deseo de matar que ni siquiera debía sentir el dolor obsesionante de su mano derecha, con la que además acababa de propinar un seco golpe a Jim. Rió de una forma seca, igual que si graznara y empezó a disparar.

Jim se había movido para entonces. Y lo que hizo a continuación, fue cosa que se comentó durante mucho tiempo en la turbulenta Omaha. No porque fuera nada lejos de lo corriente, sino por la rapidez fantástica con que lo ejecutó. Cuando Fúnebre apretaba el gatillo, el se lanzó hacia el porche y derribó un gran barril colocado cerca de la puerta del saloon. Dos balas fueron a estrellarse contra ese barril. Luego dio tres increíbles saltos a lo largo del porche, mientras Lloyd disparaba siluetando su figura. Las balas hicieron saltar cristales y astillaron la madera de las columnas. Jim saltó la baranda y se arrojó a la calle, en una maniobra suicida, y en ese momento a Lloyd se le terminaron las municiones. Tres sonidos de proyectil saltaron al aire.

—¡No escaparás, Randall!

Dijo esto porque tenía junto a él el cinto arrancado al joven. Le bastaba estirar un poco el brazo para apoderarse de otro revólver. Y logró aferrar su culata.

Pero Jim había levantado ya con ambas manos, haciendo un hercúleo esfuerzo, el gran barril que antes derribara. Y lo dejó caer, impulsándolo, sobre la cabeza del pistolero.

Un seco chasquido se oyó mezclado a un grito de rabia, mientras el barril aplastaba a Lloyd. Éste rodó por el polvo, gimiendo y pateándolo, mientras Jim corría hacia él. Trató de asestarle un puntapié, pero Lloyd aún tuvo suficiente serenidad para sujetarle por una bota y hacerle caer.

Se levantaron los dos a la vez, deshechos y cubiertos de polvo. La muchedumbre, fanatizada, contemplaba aquella sensacional pelea con cuellos estirados y con ojos atónitos.

—¡Te mataré, Randall!

Fúnebre se lanzó y conectó su derecha. Eso le causaba, sin duda, un insufrible dolor, pero todos sabían ya por qué lo hacía: con su

propia sangre dejaba ciego a Jim. Éste acusó el impacto con un gemido, llevándose ambas manos a los ojos. Fúnebre Lloyd vio entonces un momento propicio para desenfundar su cuchillo de caza, un «Bowie» descomunal, de dos filos y de largo surco.

De las gargantas de cuantos presenciaban la pelea partió un grito de horror al ver brillar la hoja. Jim, aturdido se tambaleaba sin reaccionar aún. Y Fúnebre, creyendo que lo hacía sobre seguro, asestó su primera puñalada.

No llegó a hundir el arma. Jim había levantado una pierna, clavándole la bota en el estómago y obligándole a retroceder. Ahora fue Lloyd el que se encogió. Y fue Jim el que a pecho descubierto, sin más armas que sus puños, se lanzó a un fantástico ataque que hizo enronquecer las gargantas de los espectadores.

El primer gancho volvió a castigar la mandíbula de Lloyd.

—¡Toma!

El pistolero se bamboleó. Jim dio un salto, cambiando de guardia, y le dirigió un cruzado al pómulo. Igual que un beodo Lloyd empezó a asestar puñaladas al aire, buscando hundir el «Bowie» en el cuerpo de un enemigo que se movía a su alrededor con más agilidad que un puma.

Los dos puños de Jim fueron ahora a sus flancos, primero al izquierdo, después al derecho, haciendo estremecer aquella torre humana que era el cuerpo de Fúnebre Lloyd. Otro gancho al mentón lo envió contra la baranda del porche.

—¡Toma!

De rechazo lo volvió a cazar Jim.

—¡Y toma!

Otro gancho alucinante envió a Fúnebre Lloyd, completamente destrozado, contra la baranda del porche. Y allí hubiera quedado, totalmente deshecho y a merced de Jim de no haberse oído en aquel momento una sarta de disparos en un extremo de la calle, a medio kilómetro de distancia de allí. Fúnebre captó aquel ruido, aunque muy confusamente y eso obró el milagro de reanimarle. Sus hombres habían comenzado el ataque al Central Bank. Si lograba unirse a ellos podía considerarse salvado.

Apretando los dientes, reunió todas sus fuerzas y se puso en pie poco a poco. Jim, como todos los que se encontraban en aquel lugar, había vuelto la cabeza en la dirección de los disparos,

sorprendido. Las detonaciones componían un verdadero trueno, que hacía estremecer la calle. Eso excluía, la posibilidad de que se tratara de una pelea ocasional, como las que tan frecuentemente brotaban en Omaha. La sorpresa fue durante unos segundos tan grande que los mantuvo inmovilizados a todos. Y Fúnebre Lloyd decidió aprovechar ese momento.

—¡Cuidado, Jim!

Era el honorable Winter el que había avisado al joven. El honorable Winter, quien acababa de llegar hasta allí y lo contemplaba todo con facciones desencajadas. El cuchillo brilló en el aire y Jim lo detuvo cuando ya iba a penetrar en su vientre.

—¡Traidor!

Torció la muñeca de Lloyd y éste empezó a bramar como una fiera excitada, mientras pisaba salvajemente los pies de Jim para obligarle a apartarse. Los dos hombres se miraron, separados tan sólo por unos centímetros de distancia, mientras el sudor y la sangre empapaban sus rostros. Jim lanzó un grito al final y presionó con todas sus fuerzas en un solo sentido. La muñeca izquierda de Lloyd se partió, con un siniestro crujido, y el «Bowie» cayó a tierra.

Todos los rostros volvían a estar pendientes de la pelea, sin prestar ya la menor atención a la traca de disparos que continuaba llegando desde el fondo de la calle.

Fúnebre Lloyd, viéndose desarmado y perdido, echó a correr como un loco hacia los hombres que hasta aquel momento habían estado rodeándoles casi por completo. Había visto a uno de sus secuaces levantando un rifle. Iba a matar a Jim Randall.

—¡Dale, Joyce! ¡Destrózalo!

Pero Jim ya se había puesto en movimiento. Levantó el cuchillo y de un seco golpe lo lanzó contra el forajido. Un sordo grito de horror partió de la muchedumbre al ver cómo el puñal de pesado mango se clavaba hasta las cachas en el cuello del hombre que había tratado de ayudar a Fúnebre Lloyd.

Mientras su subordinado se desplomaba, Fúnebre llegó junto a él y se apoderó del rifle. Con un solo y frenético movimiento, dio media vuelta, apretando el gatillo.

Lo apretó dos veces.

Sus tiros salieron altos. Una mueca de horrible estupor se marcó en las facciones de Fúnebre mientras trataba de bajar su arma. Jim

se había dejado caer al suelo y se había apoderado de uno de los revólveres de su propia funda, disparando con él sin sacarlo siquiera. Fúnebre Lloyd recibió plomo en el diafragma y se dobló, dando un traspié. Aún pudo disparar de nuevo, pero ya otros dos proyectiles acudían a su encuentro. Se tambaleó, trató de enderezarse y por fin se derrumbó con la boca abierta, quedando sus facciones anegadas de polvo. Un débil brillo de sangre comenzó a manar de entre sus labios. Tuvo un último estremecimiento y quedó definitivamente inmóvil.

Jim Randall, que estaba rodilla en tierra, se levantó pesadamente. Parecía como si toda la alegría que en él era habitual, como si todo su optimismo, se hubiese disuelto en la sangre del pistolero.

Acudió a levantar a Eva, que aún continuaba en tierra. La muchacha estaba tan atónita que no tenía fuerzas ni para ponerse en pie.

—Gracias, señor —dijo, entonces, una voz.

Era la primera vez que a Jim Randall le llamaban «señor». Se volvió y pudo ver al honorable Winter. Había lágrimas de gratitud en los ojos del ranchero.

—No me llame así —murmuró Jim—. No me llame «señor». Yo no soy más que un despreciable pistolero y desgraciadamente, no seré otra cosa durante toda mi vida.

CAPÍTULO VII

LA FURIA DE PAT DEWILL

Varios hombres se acercaron presurosos al grupo que formaban Jim, Eva y el honorable Winter. Su intención, muy clara, era la de felicitar al joven. Pero éste lo impidió señalando con el brazo derecho hacia el fondo de la calle.

—La banda de Fúnebre está actuando. Debemos ir todos allí.

Concluida la espectacular pelea que todos acababan de presenciar, cobraron mayor relieve las detonaciones que sonaban a lo lejos. Éstas eran ya menos frecuentes, como si el furor de la lucha hubiese amainado. Jim miró a su alrededor, y tuvo entonces una violenta sorpresa.

El *sheriff* de Omaha estaba allí, contemplándolo todo con ojos de ratón, en lugar de hallarse en el lugar donde sonaban los disparos. Porque ahora, además, se escuchaban también detonaciones en otro sector de la población. Jim le dirigió una mirada escrutadora, mientras caminaba hacia él.

El de la placa escupió un mondadientes que había estado mascando hasta entonces.

—¡Bah! ¡Peleas de borrachos! No tiene ninguna importancia.

—¿De modo que peleas de borrachos? En esa dirección se encuentra el Central Bank y usted no lo ignora. Sabe también que si Fúnebre llegó hasta aquí no lo hizo solo, sino en compañía de su banda.

El *sheriff* se acercó un poco hacia él, con las manos a la altura de los revólveres.

—¿Qué quieres decir?

Jim, en lugar de responder, se volvió hacia Eva y su padre, que le miraban con ojos donde se leía a la vez incertidumbre y miedo.

—Les ruego que vuelvan a su rancho. En la ciudad pueden ocurrir cosas que a Eva no le conviene ver.

—¡No te dejaré! —susurró la muchacha—. ¡Me quedaré aquí o tú vendrás conmigo!

—Se lo ruego, señor —dijo Jim, mirando al honorable Winter—. Llévesela.

Deliberadamente trató de no ver la intensa mirada, mirada de angustia, amor y desesperación a un tiempo, que le dirigió Eva, y volvió la espalda para encararse de nuevo con el *sheriff*.

—A este paso perdemos la noche, amigo. Los que asaltan el Central Bank están teniendo tiempo incluso para llevarse los cristales de las ventanas. Y no hablemos ya de ese otro tiroteo que suena en distinta dirección. ¿A qué espera usted para que vayamos allá, *sheriff*?

—¡Me está usted faltando al respeto! —chilló el representante de la Ley—. ¡Y demasiado sabe que no tiene autorización para residir en la ciudad!

Jim se mordió los labios. Y en ese momento sonó una voz:

—¡Basta de hablar! ¡Vamos a ver qué ocurre!

—¡Con palabras no remediaremos nada! ¡En marcha!

—¡Pronto! ¡Que cada uno empuñe sus armas!

Los gritos aumentaron y el *sheriff* no tuvo más remedio que señalar hacia el centro de la calle y echar a correr primero en aquella dirección. A nadie se le ocurrió siquiera montar a caballo porque eso hubiera significado un estorbo en aquellas circunstancias. Un numeroso grupo de hombres vociferantes se dirigió a la carrera hacia el lugar donde estaba situado el Central Bank por cuyos alrededores apenas se oía ya algún disparo suelto.

El honorable Winter arrastró casi a viva fuerza a su hija hacia el carruaje de ambos que estaba detenido a no mucha distancia de allí.

—Vámonos, Eva. Necesitas que alguien te atienda.

—¡Quiero seguirle!

—Lo que ese hombre piensa hacer no dejará de hacerlo porque tú estés delante. Vamos, hija, acompáñame.

Y casi a rastras, Eva se dejó conducir hasta el carruaje.

Un grupo jadeante y sudoroso, entretanto, había llegado a las

inmediaciones del Central Bank. Todos pudieron comprobar inmediatamente que nada o casi nada podían ya hacer allí. Los guardas privados del Banco yacían muertos en el porche o atravesados sobre el alféizar de las ventanas, con las manos todavía crispadas sobre sus armas. Las puertas del Banco habían sido forzadas y del interior partía una densa humareda. Sin duda alguna, los asaltantes habían provocado un incendio para borrar toda clase de huellas que pudieran contribuir a identificarlos.

Jim fue el primero en detenerse y en abarcar con una mirada circular el desolador panorama. No se veía ya ni rastro de ninguno de los asaltantes, que habían tenido tiempo sobrado para huir. El plan que sin duda Fúnebre Lloyd había trazado —y que consistía en atraer la atención sobre sí, mientras sus hombres daban dos golpes simultáneos—, acababa de obtener el mayor de los éxitos. No parecía que los forajidos hubiesen tenido una sola baja, mientras que en el suelo había muertos al menos diez hombres de los que intentaron defender la ley, o quién sabe si es que ni siquiera tuvieron tiempo para disparar sus armas. Una mortal palidez invadió el rostro de Jim Randall ante tal espectáculo.

—¡El Banco ha sido robado! —gimió el *sheriff*—. ¡Robado por completo!

—Su desesperación suena a poco sincera, *sheriff* —murmuró Jim —. Y además no es el Central Bank el único lugar que habrá sido asaltado esta noche.

Ya no se oían disparos en ningún otro lugar de la población, pero todos recordaban haberlos escuchado hasta unos minutos antes.

—Lo otro debió ser en la oficina de Correos —aventuró un viejo —. Yo opino que deberíamos ir allí.

Inmediatamente un grupo se destacó y echó a correr en otra dirección. Jim se quedó en compañía del *sheriff*, tres agentes y una docena de espectadores que en seguida precedieron a examinar los cuerpos por si había aún algún herido necesitado de ayuda.

—No me gusta lo que usted acaba de decir, Randall —silbó el *sheriff*, aproximándose lentamente a él—. Ni me gusta que permanezca usted en Omaha un instante más. ¿Comprendido?

Nunca habían cenado en rancho Winter tan tarde como aquella noche. Y la atmósfera que se respiraba en torno a la mesa, mientras

la criada negra servía los platos, no era precisamente de la mayor cordialidad.

Eva se había cambiado de vestido y se había lavado y peinado cuidadosamente antes de bajar al comedor. No se advertían en ella más señales de la lucha que la extrema palidez de su rostro. El honorable Winter también se había cambiado de traje y adoptaba ahora una actitud un poco ofendida y reservada. La pequeña Gracy los miraba a todos sonriente, burlándose en el fondo de ellos, y en cuanto a la honorable *mistress* Winter, parecía un témpano de hielo al que hubiesen puesto una peluca encima.

Las razones que motivaron aquella atmósfera de tensión en la mesa, podían resumirse en la pregunta que *mistress* Winter dirigió a su hija.

—¿De modo que Jim Randall, ese truhán, ese indeseable, ese aprendiz de cuatreros, ese deslenguado, es el que te ha salvado la vida?

—¡No vuelvas a hablar de él en esos términos! —saltó el honorable Winter—. ¡No vuelvas a hacerlo porque te repito que Jim Randall es un hombre cabal!

—¡Sabes de sobra que soy yo quien tiene razón! —gritó más fuerte ella—. ¡Siempre la he tenido en esta casa!

El honorable Winter se arrugó, porque, en efecto, su mujer siempre había tenido la razón en aquella casa. O al menos siempre la había impuesto, que era lo mismo. Empezó a temblar y a partir de aquel momento no dijo ya una sola palabra.

—¡Nebraska es una tierra aún sin civilizar, pero no hasta ese extremo! —sentenció la mujer—. ¡Tipos como Jim Randall no debieran poder vivir en ella! ¡Y en este rancho menos todavía! ¿Me oís todos? ¡Mucho menos todavía!

Eva iba a contestar algo, pero en ese momento la criada negra apareció en la puerta, visiblemente excitada.

—Ahí fuera están…, están…

—¿Quiénes están ahí fuera? —chilló, incorporándose la honorable *mistress* Winter—. ¿Y quién se atreve a perturbar de este modo la santa paz de nuestro honesto hogar?

—Pues… ahora mismo lo verá, señora.

La criada abrió de todo la puerta y en el umbral apareció un trío que hizo caer desplomada a la honorable Winter encima de un

sillón.

Dos agentes del *sheriff* llevaban maniatado a Jim Randall. Esos dos agentes tenían las narices tumefactas y los ojos más negros que la conciencia de un usurero. Sus camisas estaban desgarradas, y todo en ellos indicaba que acababan de salir de una pelea espantosa. Daban la impresión de que caerían redondos al suelo con sólo darles un empujoncito. Pero Jim Randall, en el centro, no se encontraba en mucha mejor situación, de modo que no era él el que podía darles ese empujón. Tenía también la nariz tumefacta, los ojos morados, las mejillas llenas de sangre y la camisa más rota que si hubiese servido de bandera a los sudistas en la batalla de Gettysburg.

—¡Imposible! —clamó la honorable Winter—. ¡Ustedes están arrojando lodo sobre nuestro insigne apellido! ¡Llévense a este hombre de aquí! ¡Me lo encuentro hasta en sueños! ¡Llévenselo de aquí!

—Todo lo contrario —gruñó uno de los agentes del *sheriff*—. Venimos a traerlo.

Eva se levantó y fue a correr hacia Jim. Pero su madre la sujetó por el brazo como si fuese una tabla de salvación.

—¡Hija mía, tienes que hacer algo! ¡A mi edad ya no puedo soportar estos disgustos tan horribles! ¡Haz que se lleven a este hombre de California o más lejos aún, aunque yo tenga que servirle de caballo!

—¡Apruebo entusiasmado la idea! —Se le ocurrió decir al honorable Winter.

—¡Tú te callas!

Pegó un puñetazo sobre la mesa, y su marido quedó silencioso y más blanco que un papel. Luego, *mistress* Winter volvió a enfrentarse a aquel extraordinario terceto.

—¿Han dicho que vienen a traerlo?

—Sí, señora. Es orden del *sheriff*. Dicen que su hija es responsable de lo que haga. Y que como vuelva a salir de los límites de rancho Winter, les impondrá a ustedes una multa.

—¡Inconcebible!

—No se inquiete, señora —dijo Jim abriendo la boca por primera vez—. Después de la paliza que me han atizado estos tipos puedo asegurarle que me deja usted doblado sobre una viga del

pajar y no vuelvo a molestarle en tres meses.

—No ha venido por su voluntad —aclaró el otro agente—. ¡Oh, no! El granuja éste nos ha tenido luchando más de un cuarto de hora con él hasta lograr maniatarle. Nosotros hemos acabado mal, pero el *sheriff* tiene también dos dientes partidos, no crea.

Eva se desasió de la mano de su madre y avanzó hacia Jim.

—Suéltenlo. Este hombre necesita que lo curen y que lo dejan descansar. Yo respondo de que no volverá a salir de los límites de rancho Winter.

—¡Y yo lo garantizo también! —chilló, entusiasmado, el honorable Winter—. Digo, si mi estimada esposa no opina lo contrario.

—Denle una habitación con una cama confortable y limpia —ordenó la mujer con un gesto de gran dama, dirigiéndose a dos de los sirvientes, que habían asomado por otra puerta—. Y háganle saber que no traspase los límites de la zona Oeste del rancho, cuando vaya a trabajar, porque yo acostumbro a pasear única y exclusivamente por la zona Este, y no quiero encontrarme con su desagradable presencia.

Los dos agentes libraron de sus ligaduras a Jim, quien se frotó las muñecas con un suspiro de alivio. Luego examinó el estado de su cuerpo y de sus ropas, palpándose. Todo pareció satisfacerle, menos una cosa.

—¡Diablo! ¡Hasta me han aplastado la armónica! ¡Salid de aquí volando o me voy a fabricar otra con vuestra dentadura, bandidos!

Los dos agentes del *sheriff* salieron a gran velocidad. Eva tomó entonces a Jim de la mano y trató de conducirle hacia las habitaciones superiores, donde se alojaban los huéspedes del rancho.

—Bueno, amiga, a mí no se me lleva por la manita —protestó Jim.

—¿No? —sonrió Eva—. ¿Acaso olvidas que soy yo la persona encargada de tu vigilancia?

En aquel preciso momento se oyó un grito. Eva tuvo que soltar a Jim y volver corriendo hacia el comedor para ver qué sucedía.

Su madre, la honorable *mistress* Winter, estaba tumbada en el suelo, se había desmayado.

* * *

Amanecía ya, cuando el último grupo de hombres entró en la habitación. Todos se despojaron de los sombreros para enjugarse el sudor que corría por sus frentes.

—Sentaos —ordenó Pat.

Los hombres se sentaron. Eran cinco. Más allá, tumbados de cualquier manera sobre sillas y sillones, había seis hombres más.

—¿Os ha seguido alguien?

—No. Dejamos una pista falsa y luego fuimos a lo largo del río unos kilómetros, para no dejar huellas, conforme Lloyd nos ordenó. Luego hemos venido aquí. Las dos o tres patrullas que han salido de Omaha estarán ahora buscando muy lejos de la población.

—Nadie sospechará de ese escondite —dijo Pat—. Nadie, si obedecéis ciegamente mis órdenes.

Uno de los recién venidos miró recelosamente a su alrededor.

—¿Y Fúnebre Lloyd? Ya debería estar aquí.

—Fúnebre Lloyd ha muerto —silbó Pat Dewill—. Lo mató un tipo llamado Jim Randall.

Los recién llegados se miraron, perplejos, y luego miraron a sus compañeros, los que ya estaban allí. Estos últimos ya debían conocer la noticia porque no hicieron ningún comentario.

—Yo soy el jefe ahora —notificó Pat—. Sé que Lloyd tenía designado un sucesor en la banda, pero ese sucesor deberá obedecerme a mí y solamente a mí. Sin mi ayuda, no sois nada en este momento. Sois como liebres cazadas en una trampa. En cambio, si soy yo quien os dirige, nada puede suceder, puesto que prácticamente todos los resortes de la ciudad están en mis manos.

Hubo entre los hombres un sordo murmullo.

—¿Algún descontento?

Los forajidos se miraron unos a otros sin saber qué responder. Aquella situación que no esperaban los había dejado un poco perplejos y como carentes de fuerzas, pero pronto se produjo la primera reacción. El que estaba frente a Pat, un tipo de unos treinta años cuya cara presentaba numerosas cicatrices de cuchillo, le miró fijamente a los ojos y preguntó:

—¿Quién es ese Jim Randall? ¿Algún tipo pagado por usted, mi amigo?

Pat sonrió, mostrando su doble hilera de bien cuidados dientes.

Pareció como si la pregunta le hubiera puesto repentinamente de un envidiable humor.

—Jim Randall es mi peor enemigo. Daría dos dedos de mi mano derecha por acabar con él.

El de las cicatrices se acarició pensativamente la barbilla.

—No me gusta esto. Ni siquiera hemos visto el cadáver de Lloyd. Todo esto me huele a trampa.

—Yo he visto el cadáver del jefe —manifestó uno de los pistoleros que se hallaban sentados en la penumbra—. Ese Jim Randall o como se llame, lo dejó como una criba. Otro de los nuestros ha caído también, cerca de él.

La aclaración pareció convencer a todos de que Pat había dicho la verdad. Por unos momentos la indecisión se apoderó de los bandidos. Pat decidió aprovechar aquel momento favorable para decir en tono conciliador.

—Bueno, ésa es cuestión pasada. Era de esperar que Lloyd cayese un día u otro. Ahora es necesario que procedamos al reparto del botín. ¿Quién es el que Lloyd había designado como sucesor suyo?

—Yo —declaró el de las cicatrices.

—En tal caso, quiero que te corresponda a ti la mejor parte del botín. Al fin y al cabo, la parte de Lloyd debe ser también tuya. No quiero que digas que Pat Dewill no es un hombre generoso.

La promesa pareció apaciguar un tanto los exaltados ánimos del hombre, aunque siguió mirando a Pat con ojos donde se leía el recelo.

—Hemos recogido hasta cien mil dólares. No había más en el Banco esta noche. En cuanto al asalto de la Casa de Postas, podemos considerar un absoluto fracaso. Los encargados de la diligencia estaban allí y se defendieron como fieras. No hemos logrado otra cosa que dejar dos muertos detrás de nosotros.

Pat contempló a los hombres que había reunidos en la habitación. La banda del difunto Lloyd era aún lo bastante poderosa para convertirse en el rey de la comarca, a poco que supiese manejarla. Sólo era necesario evitar que aquel hombre que tenía frente a sus ojos intentase hacerle sombra.

—¿Dónde habéis traído el dinero?

Uno de los forajidos depositó un negro maletín sobre la mesa.

—Ábrelo —ordenó Pat.

Fajos de crujientes y bien apilados billetes aparecieron ante sus ojos cuando el maletín fue abierto. Pat notó que las miradas de todos iban hacia aquella fortuna, la cual, sin embargo, era demasiado pequeña para lo que habían pretendido alcanzar. Aun partiéndolo en cantidades iguales correspondería a cada uno una suma que no compensaba los peligros corridos. Pat lo comprendió así cuando decidió actuar.

—Reparte tú mismo —dijo al presunto sucesor de Lloyd.

Las dos manos del pistolero fueron hacia el interior del maletín. Pat sonrió. La suya fue una sonrisa muy extraña. Si uno imaginara a la muerte sonriendo, la vería con el rostro que en aquello momentos tenía Pat Dewill.

Antes de que el otro pudiera desviar los ojos del fondo del maletín, se llevó la mano derecha a la funda con una rapidez alucinante e hizo fuego sin «sacar». Disparó tres veces seguidas. El pistolero recibió plomo en el diafragma, el pecho y la cabeza, sin tiempo para lanzar un solo grito de dolor. Crispando ambas manos en el aire, como si tratara de sujetar a un enemigo al que ya no podía ver, cayó de bruces sobre la mesa, y su rostro quedó como empotrado en el abierto maletín. Los billetes recién robados se tiñeron de sangre. No les faltaba ya nada para ser malditos.

Pat contaba ya con que alguien trataría de vengar al muerto una vez aquellos tipos fueran capaces de reaccionar. Por eso lo que hizo a continuación le acreditó como un consumado maestro del revólver. Le convenía poner en juego todas sus habilidades. Y lo hizo bien.

Su cintura se quebró como un tallo de maíz cuando la tempestad avanza por la llanura. Sus dos manos se movieron con la rapidez de la luz. «Sacó» sus dos revólveres a la vez e hizo fuego contra los dos hombres que primeramente se habían movido. Dos balazos los dejaron inmóviles para siempre.

Los otros fueron a llevarse las manos a las armas, pero tuvieron la prudencia o la suerte de comprender que era demasiado tarde. Se quedaron quietos en cuanto Pat trazó con los revólveres un veloz movimiento de abanico.

—He hecho antes una pregunta —sonrió, mientras levantaba los revólveres un poco más—. He preguntado si había descontento.

Nadie respondió. Los pistoleros examinaron los ojos negros de los cañones que les amenazaban, y permanecieron inmóviles y el silencio.

—Voy a entregaros mil dólares a cada uno —continuó Pat—, como anticipo de los próximos golpes. Es necesario que saquemos un poco más de provecho a la ciudad antes de que marchéis de aquí. Y eso lo conseguiremos fácilmente porque todo el mundo os cree lejos.

—¿Qué pretendes? —murmuró uno de los forajidos. ¿Qué clase de locura es ésta?

Pat no pretendía ninguna locura. Por el contrario, muerto Fúnebre Lloyd, aquello era lo más sensato que podía hacer. Habría resultado estúpido lanzar a la pradera a aquella banda sin jefe, expuesto a que cualquiera le delatase. Necesitaba tenerlos algunos días ocultos allí, dominarlos por completo y ver cuál de ellos le convenía para sustituir a Lloyd. Entonces podría dejarlos en libertad e incluso pedirles que se alejasen de Nebraska.

Pero antes era conveniente aprovechar la existencia de aquella banda. En la ciudad podían conseguirse fortunas con un par de golpes bien planeados. Y aquel dinero le serviría más adelante para preparar la campaña electoral, una campaña que podía elevarse, si el dinero no faltaba a la categoría de gobernador del Estado.

—Nunca hago nada a ciegas —dijo—. Y pronto tendréis motivos más que suficientes para alegraros de estar bajo mis órdenes.

Por el momento, sólo es preciso que tengáis paciencia y no salgáis de la casa bajo ningún pretexto. Éste es el único lugar donde podréis consideraros seguros.

Quedaban ocho hombres. Pat extrajo del maletín ocho fajos de mil dólares, tras apartar de un manotazo la cabeza del muerto, y los lanzó a los pistoleros como el que lanza comida a los perros. Luego sonrió:

—Podéis permanecer en las mismas habitaciones que ocupabais hasta ahora. ¡Ah! Y más valdrá que reprimáis vuestros lógicos deseos de matarme. En Omaha, me conoce todo el mundo y mi presencia allí es necesaria cada día, de modo que si una sola mañana dejase de acudir, alguien vendría forzosamente a esta casa, en mi busca. No quiero pensar en lo que sucedería entonces. Con eso quiero deciros, estimados amigos, que vuestras vidas responden

de la mía.

Hizo con la cabeza un cortés movimiento de saludo y salió de la habitación, volviendo la espalda a los ocho pistoleros. Sabía que éstos no dispararían. Por el contrario, empezaban a considerarlo como el que daba órdenes allí. Un par de días más y los tendría por completo en sus manos.

* * *

La honorable *mistress* Winter pasó altivamente por delante de Jim, sin dignarse dirigirle una mirada.

—Buenos días, señora. Va usted muy elegante esta mañana.

La honorable *mistress* Winter, en efecto, llevaba un vestido azul con lentejuelas que parecía arrancado del escenario de un saloon. Como era natural le sentaba igual que una chichonera a un elegante, pero ella estaba segura de ir luciendo la última moda de Nueva York o Filadelfia. Llevaba también un sombrero de plumas y frutas con el que se había podido tapar la torre de un pozo de petróleo. Todo aquel aparato significaba que o era domingo o *mistress* Winter acudía a alguna fiesta de gran solemnidad.

—Hoy es día laborable —murmuró Jim—. ¿A qué se debe tanto aparato, señora?

—¡A usted no le importa nada, patán! ¿Es que no considera lógico que una señora como yo vaya siempre vestida como corresponde a su alta e insigne categoría?

Jim no sabía qué hacer, si echarse a reír o ir a comprar incienso para quemarlo al paso de la honorable Winter. Se decidió al fin por la solución más prudente, que era guardar un discreto silencio.

—Hoy se celebra en Omaha la gran feria anual de caballos —condescendió a explicar la dama—, y es costumbre que las personas distinguidas de la ciudad acudan a la inauguración. No hace falta explicar, pero se lo explico porque a lo mejor su corta inteligencia no llega a comprenderlo, que nosotros formamos parte muy notable de ese núcleo de personas distinguidas. Por lo tanto, vamos a ir a la feria anual. ¿Tiene alguna otra pregunta que hacer el caballero?

Jim ignoró el retintín de la frase y sonrió con cortesía.

—Siendo así, querrá que le prepare el carruaje, señora.

—No hace falta. También tengo sirvientes para eso. ¿O acaso cree usted que a una dama le basta con un solo criado?

El honorable Winter había escuchado aquella conversación desde la puerta. Se acercó, también muy bien vestido, haciendo tintinear sus relucientes espuelas de plata.

—Jim Randall no es nuestro criado —protestó—. Tampoco lo son los vaqueros. Desearía que si es posible, querida, te abstuvieras de emplear ciertos adjetivos.

La mujer le envolvió en una mirada de fuego, y el honorable Winter se arrugó en seguida.

—Bueno, bueno, tú ganas. Vamos corriendo al coche. Eva ya nos está aguardando.

Señaló unos metros más allá, donde se hallaba detenido un gran coche negro, descubierto. Eva, en efecto, ya se hallaba junto a él, esperándoles, y Jim tuvo que ahogar un grito de sorpresa al verla.

Si Eva era hermosa cuando vestía normalmente, vestida con las ropas que hoy llevaba era sencillamente arrebatadora. Era una de esas mujeres que mareaban sólo al verlas. Bastaba acercarse a ella para sentir vértigo. Jim empezó a notar que le temblaban los dedos y que los ojos empezaban a darle vueltas dentro de las órbitas.

—¡No mire usted a mi hija de esa manera! —chilló la honorable Winter—. ¡Se la está comiendo con los ojos, granuja!

Debía ser verdad, porque Eva también había enrojecido. Jim se mordió los labios al darse cuenta de que su admiración se traslucía con aquella claridad, y miró hacia otro sitio. Pensó que si en vez de ser el padre de Eva quien les sorprendió aquella noche en el granero, es la madre, ahora ya estaría muerto.

—Siento que no pueda usted venir con nosotros a la ciudad, Jim —dijo el honorable Winter, dirigiéndole una inteligente mirada—. Pero si el *sheriff* vuelve a verle por allí, lo ahorca.

—Lo lamento por doble motivo —contestó él—. De un lado me hubiese gustado acompañarles, y de otro hace ya siglos que no veo exposición de caballos.

—¿Está usted loco? ¿Venir con nosotros? —chilló la dama—. ¿Por quién iba a tomar todo el mundo a la familia Winter? ¡Un pistolero de su categoría acompañándonos en nuestro propio coche!

Echó la cabeza hacia atrás y subió al carruaje. Éste se bamboleó al recibir su peso. Luego subió Eva, tras dirigir una rápida e irritada mirada a Jim, y por fin, el honorable Winter, quien se encogió de hombros con gesto de impaciencia. El cochero estaba ya al pescante

y arrancó apenas su hubieron sentado todos.

Jim se acarició la barbilla, reflexivamente, mientras echaba a andar poco a poco hacia el edificio de los peones del rancho.

Tenía que confesarse un hecho sorprendente, incómodo y hasta un poco vergonzoso, pero se había enamorado de Eva como un chiquillo. Él, que creía ser ya inmune a todo, vivía pendiente de la presencia de la muchacha, de sus palabras, de su risa. Había llegado a necesitarla con tal fuerza, que su ausencia le dejaba como sumido en tinieblas, como hundido en una negra y desesperante noche. Sabía que sin Eva nunca más volvería a ser feliz.

Sí, pensar eso era muy enternecedor, muy sincero y muy bonito.

Pero por encima de todo ello, estaba la realidad.

La maldita realidad.

Él no era más que un domador de potros y un pistolero. Jamás sería otra cosa. El que hubiera aprendido a leer sin maestro, el que supiera una montaña de cosas que la gente ni siquiera sospechaba al ver su aspecto, no significaba nada al lado de la elevada posición que Eva ocupaba en la buena sociedad de Arkansas. Llamarse Winter y llevar blusa con botonadura de perlas, no era lo mismo que llamarse Randall y llevar una camisa vaquera cubierta de polvo. De modo que lo mejor que podía hacer antes de que las cosas se complicasen demasiado, era largarse con viento fresco de allí y no volver a aparecer por Nebraska en todos los días de su vida.

Como no tenía ni siquiera silla de montar fue a ver al capataz, le manifestó su propósito de marcharse del Estado y salir de los límites del rancho Winter. El capataz le acompañó hasta la puerta y le dijo que sentía el que se marchase. No estaba acostumbrado a que hasta el rancho llegasen tipos tan divertidos como él.

Jim se dirigió a pie hasta Omaha.

La ciudad hervía de excitación y de jolgorio, a pesar de que no era domingo, y todo se debía a la feria de caballos. Gentes bien vestidas paseaban de un lado a otro llevando a sus niños de la mano, en espera de que se inaugurase la feria. No parecía ésa la misma ciudad donde la noche anterior se libró tan sangrienta batalla.

Jim deambuló de un lado a otro, confiando no le vería el *sheriff* ni ningún miembro de la familia Winter. Sobre todo esperaba que no le viese Eva, porque entonces su dolor al dejarla sería mucho

más intenso.

Cuando pasaba ante el recinto de la feria vio que un gran tropel de gente entraba ya en ella. Guiado por la irresistible atracción que los caballos ejercían sobre él Jim Randall entró también.

Ejemplares de todas las razas esperaban en sus apartaderos a que alguien los comprase. Había allí desde robustos percherones para tiro a finos corceles de silueta española. Jim los fue contemplando todos, aunque sin demasiada atención, porque parte de sus sentidos estaban ocupados en que no le viesen ni el *sheriff* ni los Winter.

Luego, junto a una pista de arena donde los caballos podían ser probados, empezó la gran subasta.

Jim adivinó en seguida que todos los que iban a pujar pertenecían a las clases adineradas de la ciudad. Los ejemplares que se exhibían eran realmente buenos y cabía esperar que las cantidades ofrecidas fuesen de consideración. Por simple curiosidad, pues no tenía diez centavos, se aproximó a la mesa del *speaker*. No había terminado aún de ver todos los caballos exhibidos y contaba con marcharse de allí en cuanto fuesen adjudicados los dos primeros ejemplares.

Vio a los Winter en una especie de palco improvisado sobre la pista de arena y vio también cómo Pat Dewill se acercaba ceremoniosamente y besaba las manos de la honorable *mistress* Winter y de Eva. Se mordió los labios y quiso mirar hacia otro sitio, pero Gracy le vio en ese momento. Le hizo una seña y Jim se llevó la mano a los labios para indicarle que callara. La pequeña hizo un guiño de complicidad y al pasar Pat junto a ella le arreó un puntapié en la espinilla, simulando que lo hacía sin darse cuenta. Pat empezó a maldecir y luego sonrió con los dientes apretados como los de una calavera, disimulando.

Se adjudicaron dos robustos percherones y un fino caballo de carreras. Jim iba ya a marcharse, tratando de no mirar hacia donde estaba Eva, cuando en aquel momento la voz del locutor anunció:

—¡Y ahora, señores y caballeros, va a ser adjudicado al mejor postor un soberbio caballo enlazado en las praderas salvajes! ¡Un bravo ejemplar que constituirá el orgullo de su afortunado dueño! Vean, señoras y señores…, ¡y maravíllense!

Fue sacado a la pista un ejemplar de caballo blanco como la

nieve y de crin negra como el azabache. Jim se quedó boquiabierto, sin respiración y sin habla… ¡porque aquél era un caballo que él mismo crió! ¡El caballo por el cual estuvo a punto de ir a la horca!

—¡Ofrezcan, señoras y caballeros! —gritó el locutor—. ¡La puja va a comenzar!

Jim hizo un rápido cálculo de lo que podía valer todo lo que llevaba encima, excepto las prendas más indispensables de vestir. E irreflexivamente, gritó:

—¡Cinco dólares!

Una carcajada estentórea acogió la singular oferta. Todos los rostros se volvieron hacia Jim, que, en contra de su costumbre, se había puesto encarnado, dándose cuenta del ridículo en que había incurrido con aquellas palabras. Pero era casi enternecedor ver los ojos con que miraba a aquel caballo, por el que estaba dispuesto a darlo todo, y más enternecedor aún observar la inquietud del animal al oír aquella voz. El noble bruto estuvo a punto de derribar a sus conductores y éstos tuvieron que dominarlo a la fuerza.

—¡Un bromista ha ofrecido cinco dólares, señoras y caballeros! —gritó el locutor—. ¡Cinco dólares por este corcel! ¿Vamos a consentir que se nos avergüence de esta manera? ¡Ofrezcan, para que ese hombre se dé cuenta de su soberana insensatez!

—Quinientos dólares —exclamó Pat, sonriendo malévolamente, y con los ojos fijos en Jim Randall.

Éste se mordió los labios. Jamás podría ofrecer una suma igual. Y no podría evitar que Pat Dewill fuese el dueño del corcel que él había criado y de la mujer que amaba. En este momento, una oleada de amargura, de impotencia y de congoja invadió su corazón. Se sintió más pobre y más desdichado que nunca.

—Ofrezca seiscientos —dijo tras él una voz.

Jim se volvió. Eva estaba tras él y le tendía un fajo de billetes.

—He adivinado que ése es el caballo por el que usted estuvo a punto de morir. Y quiero que sea suyo. Vamos, acepte ese dinero y puje.

—¡Setecientos dólares! —gritó entonces otra voz.

—¡Vamos, dese prisa!

Jim miró a Eva. Había dulzura, sinceridad y amor en los ojos de aquella mujer. Había en ella algo que Jim Randall no había encontrado nunca, y por eso fue doblemente doloroso tener que

decir lo que dijo:

—Compre usted ese caballo, pero no trate de comprarme a mí, *miss* Winter.

Vio cómo la muchacha se estremecía y apretaba los labios. Pero era necesaria aquella rudeza porque si él aceptaba los seiscientos dólares, ante su conciencia sería un miserable. Habría aceptado algo a sabiendas de que no lo podría devolver. Y sobre todo, lo habría aceptado de Eva, la mujer a la que amaba como un loco, y que, sin embargo, nunca sería suya.

—¡Es usted un miserable! —le espetó Eva—. ¡Es un miserable en todos los sentidos, Randall!

Una mujer que estaba cerca de Jim, y que por sus vestiduras delataba ser una adinerada bailarina de saloon, sonrió al hombre, volviéndose un poco para que él admirara su escote.

—Pues a mí me parece un gran tipo, nena. De modo que si tú no lo quieres, yo me lo quedo.

Jim sonrió a aquella mujer, y al sonreír le hicieron daño los dientes, los labios y la cara entera. Pues supo que con aquella sonrisa perdía a Eva Winter para siempre. Pero era necesario. De un modo u otro, aquello tenía que suceder.

—¡Oh! —pudo decir solamente Eva—. ¡Oh!

Dio media vuelta y se alejó hacia el palco que ocupaban sus padres.

—Si necesitas dinero… —sonrió la bailarina.

—Si algo necesito es una bala en la cabeza, preciosidad. Sólo eso.

—¡Ochocientos dólares!

—¡Dan ochocientos dólares!

—¡Novecientos! —gritó un banquero.

—¡Mil dólares! —gritó Pat.

—¡Mil cien!

—¡Alto! —gritó Pat, poniéndose en pie—. Estamos ofreciendo una verdadera fortuna por ese caballo. Y antes de pujar más por él quiero probarlo.

De un salto puso los pies en la arena. Los cuidadores del caballo lo sujetaron con fuerza para que éste no se moviese, y Pat lo montó de un ágil salto. Miró intencionadamente a Jim.

Y mientras lo miraba hizo una cosa: clavar hasta el fondo las

espuelas en los flancos del animal.

El caballo se estremeció, coceando e intentando lanzar a su jinete. Pero Pat montaba demasiado bien para que un caballo le sorprendiera. Siguió firme sobre él y castigándolo brutalmente, sin dejar de mirar a Jim con una sonrisa irónica. Entre los que presenciaban aquella salvaje prueba hubo murmullos de estupor y aún protestas en voz alta, pero el locutor, que era el único que tenía autoridad allí, no se atrevió a ofender a un hombre tan importante como Pat Dewill, y guardó silencio. Pat, con más saña cada vez, siguió clavando las espuelas en los flancos del animal, que estaban cubiertos ce sangre. Pero el caballo, con una hábil finta, logró por fin descolocarlo y hacerlo caer. Pat, lanzando un rugido, quedó en pie ante él, sujetándolo por las riendas y empezó a golpearle brutalmente el morro con la fusta. El corcel se debatió, impotente, y los golpes arrecieron más y más. El castigo era insoportable y los relinchos lastimeros del animal estremecían el recinto.

—¡Basta! —aulló de repente Jim—, ¡basta!

Dio un salto y se plantó en el centro de la arena. Pat, al verle cerca, soltó al animal y trató de desenfundar su revólver, consiguiéndolo. Pero Jim, de un puntapié a la mano, hizo que el arma saltase por los aires. Un rugido se elevó de la muchedumbre que contemplaba la escena.

—¡Señores! —gritó el locutor—. ¡Señores!

Algo que le arrojaron a la cara le hizo callar. Pat, entretanto, había reaccionado, tratando de derribar a Jim, pero sin conseguirlo. El joven estaba demasiado cegado por la rabia para que nadie pudiese vencerle. Movió ambos puños como un molinete y más de una docena de golpes cayeron casi simultáneamente sobre el rostro de Pat Dewill. Éste se cubrió como pudo, trató de defenderse con los pies y aun con los dientes, pero lo que se le había venido encima tenía la fuerza de un huracán. Sus cejas saltaron y su fino bigotito se cubrió de sangre. Sintió que los dientes bailaban horriblemente en su boca. Un cruzado a la oreja izquierda lo dejó sordo. Se bamboleó como un borracho de un lado a otro de la pista, aullando de dolor. La muchedumbre rugía enloquecida a cada nuevo golpe que Pat recibía en su cuerpo. Los chasquidos de los puñetazos hacían estremecer el aire. El honorable Winter, rojo de excitación, aulló:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Atízale! ¡Bien por todos los demonios!

Su esposa le dio un codazo que por poco le deja mudo.

—¡Silencio! ¿Qué lenguaje es ése?

Pat, tras sufrir un gancho alucinante a la mandíbula, cayó sobre la arena desfallecido, con los brazos en cruz y la boca llena de sangre. Jim le volvió la espalda, y en ese momento cuatro hombres forzudos como toros cayeron sobre él, mientras el *sheriff* gritaba:

—¡Detenedle! ¡Acogotadle bien! ¡Es otra vez ese demonio!

CAPÍTULO VIII

CONDENADOS A MUERTE

La honorable *mistress* Winter estaba tomando el sol en el porche de su residencia. Hacía un día precioso.

—Necesitaría que alguien me abanicase —dijo suspirando—. ¡Ay, en estos tiempos ya no hay comodidades ni refinamientos! ¡No tengo aquí nada que haga la vida agradable!

Decía esto tumbada en una poltrona que había hecho colocar en un porche y teniendo al alcance de su mano un jarro de fresco zumo preparado con naranjas que se había hecho traer de las fértiles tierras de California.

Su marido se acercó y señaló hacia la lejanía.

—Omaha —dijo pensativamente—. No hago más que pensar en la ciudad y en el espectáculo de ayer en la feria. Ese muchacho tiene puños de campeón, te lo juro. ¿Qué habrá sido de él, después que se lo llevaron los agentes del *sheriff*?

—Lo habrán ahorcado —murmuró la honorable Winter—. Al menos eso es lo que merece.

—Eres injusta con él.

—¿Injusta con él? ¿Injusta con ese granuja? Si yo fuese el *sheriff* ya le habría…

—Si tú fueses *sheriff* no podrías estar tumbada ahí —insinuó su marido, tímidamente.

Ella iba a contestar algo, pero en ese momento les interrumpió el galope cercano de un caballo. Alzaron los rostros y vieron a Eva que se aproximaba montando a la amazona un precioso corcel blanco. El mismo corcel por el que Jim peleara hasta el fin

veinticuatro horas antes.

—Se han hecho grandes amigos —comentó el honorable Winter —. Y Eva lo monta bien.

—Eres el hombre de los caprichos. Aprovechaste el desvanecimiento de Pat para pujar más que él y quedarte al fin con el caballo. No sé cómo se te ocurrió hacer eso, si sabes que a Pat le ha de sentar igual que una puñalada.

—Pat me importa menos que… —empezó a decir, pero se contuvo porque su hija ya había desmontado y se aproximaba a ellos a paso vivo.

—El corcel es precioso y estoy contenta de que lo hayas adquirido, papá. Debemos quedarnos con él. Lo único que lamento es que haya crecido junto a un tipo como Jim Randall.

—¿Verdad que tú también le tienes antipatía, hijita? —susurró la honorable *mistress* Winter, poniendo los ojos en blanco—. ¿Verdad que si le vieras le volverías la espalda o le lanzarías una piedra a la cabeza?

—Si le viese aparecer por aquí dispararía contra él —aseguró Eva, con los dientes apretados, pensando en las palabras que le dirigiera Jim y en la sonrisa que había dedicado a la bailarina.

No había acabado aún de decir esto cuando por la esquina del porche muy cerca de ellos apareció el *sheriff*. Traía una expresión tan decidida y enérgica como si hubiese de proclamar la nueva Constitución de los Estados Unidos, o algo así. Se encaró con el honorable Winter y puso ambas manos sobre las culatas de los revólveres.

—Vengo a imponerles una multa de cien dólares.

—¿Cómo?

—Una multa de cien dólares. Ustedes expulsaron de aquí al detenido Jim Randall, con evidente menosprecio de la orden dictada por el tribunal. En consecuencia, se les ha impuesto a esa multa, y de orden del juez… ¡aquí tienen ustedes de nuevo a Jim Randall!

Señaló hacia la esquina del porche, por donde acababa de aparecer el joven. Llevaba las ropas algo rotas, pero traía la misma expresión risueña que de costumbre. Saludó cortésmente, mientras el caballo relinchaba de alegría al verle.

—¡No es posible! —Chilló la honorable Winter—. ¡No es posible!

¡Yo me muero!

—No se muera hasta haber pagado los cien dólares —advirtió el *sheriff*.

—¿De modo que este hombre se queda aquí? —murmuró sordamente Eva—. ¿De modo que este tipo…?

—Es orden del juez. Lo hemos tenido toda la noche detenido esperando su resolución, pero ahora no tendrán ustedes más remedio que obedecerla.

Eva se mordió los labios. Entrecerró los ojos. Y entonces hizo algo que demostró hasta qué punto le importaba Jim, hasta qué extremo aquel hombre había transformado sus sentimientos y toda su visa.

Se abalanzó sobre su padre y le arrebató el revólver que éste llevaba colgado de su única funda.

—¡No eres más que un maldito! —chilló, mirando a Jim.

Nunca supo si en aquel momento hubiera sido capaz de disparar. No supo siquiera si en aquel momento pensaba algo o se dejaba guiar tan sólo por un impulso instintivo. En cualquier caso, Jim Randall no le dejó tiempo para averiguarlo. Disparó su arma a través de la funda y el revólver que empuñaba Eva saltó de la mano de ésta sin que en su piel se produjera el más leve rasguño. Lo hizo porque deseaba ganarse a toda costa el odio de aquella mujer. Porque quería que ella le aborreciese, aunque con ello viera su corazón, su vida, sus sentimientos, destrozados para siempre.

Eva se quedó mirando con la boca abierta su mano vacía.

—¡Es… es usted un demonio!

—Y usted un ángel, Eva. Pero, aun así, no he venido a verla por mi propia voluntad.

—No, no ha venido por su propia voluntad —confirmó el *sheriff* —. Tengo ahí a dos hombres que han tenido que venirle empujando.

La detonación había dejado sin habla al matrimonio Winter. El hombre fue el primero en reaccionar, porque en aquellas circunstancias, la mujer consideró de muy buen gusto el desmayarse.

—Bueno, pues ya que está aquí, tal vez convenga que se quede. Desde luego, acataremos la orden del juez y pagaremos esos cien dólares de multa.

—¡Padre, tú no sabes lo que dices! —articuló Eva, con los dientes apretados—. ¡No sabes lo que dices y para evitar que en su mano, pues de otro modo no hubiera desaprovechado una oportunidad así!

—¿Qué haces aquí, Markett? Creí que este rancho pertenecía a Pat Skilt.

—Y no te equivocas. Él me ha invitado.

—¿Desde cuándo el hombre más rico de Massel invita a su casa al más granuja?

Las facciones de Markett se contrajeron, y estiró ambos brazos.

—Ten cuidado con lo que dices, Rex.

—Sé por qué hablo así. ¿Se ha averiguado quién mató al viejo Hillary?

—Sí, tú. Lo mismo que al juez Slump. Lo mismo que piensas matarme a mí y a Pat Skilt. Y hasta a Irina Wanders, si es necesario.

Sufrieron una crispación los labios de Rex. ¿De modo que el juez Slump había sido asesinado también? Sus brazos, instintivamente, se arquearon un poco, quedando las manos a la altura de los revólveres.

—¿No es cierto que matarías a Irina, si ello te conviniese, Rex?

Los ojos del joven fueron por unos instantes hacia la muchacha. Estaba tan quieta, tan asombrada, que casi le inspiró lástima. Markett advirtió su momentánea distracción, y decidió aprovecharla.

Llevaba un solo revólver, y lo desenfundó con un movimiento fulgurante. Rex, que no tenía tiempo para responder con los suyos, se echó hacia atrás, elevando la pierna derecha.

La punta de su bota dio justamente en el cañón del arma, proyectándola por los aires. Markett lanzó un aullido de sorpresa y de furor, mientras se arrojaba sobre él.

Nunca había sido un buen *cátcher*, pero sí un hombre acostumbrado a las peleas y al cambio de golpes. Por eso, el hombre estaba pálido. A no ser por las zonas amoratadas de su rostro, se hubiera dicho que no tenía sangre.

—Eva, tú no sabes lo que acabas de decir.

—Sí sé lo que acabo de decir, Pat —el acento de la mujer era despreciativo, pero al mismo tiempo infinitamente amargo—. No hay en esta maldita tierra un hombre que valga el precio de un

palmo de cuerda.

Él acercó el rostro otra vez.

—Entonces, ¿odias también a ese maldito Jim Randall?

—Le odio con toda mi alma.

Los ojos de Pat se achicaron un poco. Tendió las manos hacia la cintura de la mujer.

—¡No me toques!

—¿No? ¿Dices que no te toque? ¡Estás loca, Eva! ¡No puedo resistir un minuto más la pasión que me domina! ¡Volverás a ser mi novia o…!

—¿O qué?

Pat respondió con hechos, no con palabras. Aferró brutalmente a la mujer y trató de besarla en la boca. Eva se resistió doblando su cuerpo maravilloso y tratando de esquivar los zarpazos del hombre. Con todas sus fuerzas le golpeó varias veces en el rostro, sobre los cardenales, hasta hacerle retroceder. En aquel momento hubiera podido pedir auxilio y habrían acudido todos los hombres del rancho, pero Eva sabía que entre estos hombres figuraría Jim Randall, y no quiso deberle nada. Se defendería sola. Cuando Pat volvía a la carga, le abofeteó de nuevo, aunque esta vez no pudo impedir ser enlazada y besada en los labios. Se revolvió, como una fiera perseguida, y dio un empujón a Pat hasta arrojarle fuera de la caseta. El hombre cayó al suelo, sin haber reaccionado aún de su sorpresa.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer, maldita?

—Me doy cuenta de que he arrojado a puntapiés a un cobarde. Y no grites demasiado, Pat, o aun haré que te dejes la piel en el rancho Winter.

Él se levantó, sacudiéndose el polvo de las ropas.

—Has obrado mal, Eva, muy mal, y haré que agotes hasta las heces la copa de mi venganza. Tú y toda tu familia estáis condenados a muerte, y la sentencia se cumplirá…, ¡esta misma noche!

Recogió su sombrero y se alejó sin mirarla.

CAPÍTULO IX

SE ABRE LA TRAMPA

Pat Dewill reunió a los ocho hombres en una de las salas de su casa. Los ocho tenían un aspecto aburrido e indolente y le miraban con ojos de odio. Se consideraban algo así como sus prisioneros y deseaban acción. Pat comprendió que si no les dejaba moverse pronto, acabarían matándole a él.

Pero ya había llegado el momento.

Se sentó tras su mesa y los miró a todos, uno a uno.

—Fúnebre Lloyd deseaba también atacar el rancho Winter —dijo —. Yo consideré prematura su idea. Ahora considero que las circunstancias son favorables y que podemos llevarla a la práctica. Esta misma noche daremos un golpe que nos proporcionará enormes beneficios sin apenas riesgos.

Los hombres se acercaron interesados, aunque con expresiones algo desconfiadas. No veían las manos a Pat, pues éste las mantenía bajo la mesa, y recelaban que les estuviese apuntando con sus revólveres. Pat, en efecto, ya los tenía en las manos, por si alguien protestaba.

—¿Cuántos hombres defienden el rancho? —preguntó uno de los pistoleros.

—Aproximadamente, ocho. Hay allí muchos más, pero estarán durmiendo en los apartaderos de ganado y llegarán cuando ya nos encontremos de regreso en Omaha. Conozco cada rincón del rancho y si obramos todos adecuadamente, el golpe no puede fallar. He hecho llamar al *sheriff* para mayor garantía de seguridad.

Como si hubiese estado aguardando tras la puerta, el de la placa

entró en ese momento, al ser nombrado. Se colocó en el centro de la habitación y miró a Pat con ojos entrecerrados. Un huracán de emociones azotaba en aquel momento el espíritu del poco escrupuloso representante que la ley tenía en la ciudad de Omaha.

—¿Me ha hecho llamar, señor Dewill?

—Sí, le he hecho llamar porque quiero que nos asegure una cosa.

—Usted dirá, señor Dewill.

—Quiero que nos asegure que esta noche no saldrá para rancho Winter ningún grupo de refuerzos. Si alguien llegara desde allí diciendo que están siendo atacados, usted debe hacer oídos sordos o retrasar su intervención todo lo posible, ¿comprendido?

El *sheriff* castañeteó los dientes.

—Señor Dewill, eso es muy arriesgado. En Omaha también hay un juez, y yo debo cumplir sus órdenes. Además, es muy difícil dominar a la población cuando en ella cunde el pánico.

Pat se levantó, tras haber enfundado cautamente sus revólveres, y apoyó ambas manos en la mesa.

—¿Acaso ha olvidado que me debe el cargo, *sheriff*?

—No, no lo he olvidado, señor Dewill. Sin su intervención, yo jamás hubiese tenido la estrella. Sin su influencia política en la ciudad, cualquiera me hubiese podido arrebatar el puesto. Pero durante todo el tiempo de mi mandato le he estado sirviendo con mi deliberado silencio y con mi táctica de no enterarme de nada. No podía poner a su disposición los revólveres de mis hombres, porque esto hubiera sido demasiado, pero sí he conseguido que esos revólveres no se volvieran en contra de usted. Ahora me pide que finja no oír lo que sin duda me pedirán a gritos. Creo que eso ya pasa del límite, señor Dewill, sobre todo… —vaciló—, sobre todo desde que está en la dudad ese tipo llamado Jim Randall. Yo no sé qué ocurre, pero el aire trae malos presagios. Las cosas no van como antes. Da la sensación de que nos pueda matar a todos nosotros con sólo proponérselo. No, no me gusta esto, señor Dewill, y para evitar compromisos, lo que voy a hacer es ausentarme de la población esta noche. Si alguien pide auxilio desde rancho Winter y en la ciudad se organiza un grupo para acudir en su ayuda, allá usted.

Pat se mordió los labios.

—¿De modo que tiene miedo, *sheriff*?

—Llámelo como quiera. Yo diría que no es miedo. Simplemente, estoy seguro de no pisar terreno firme.

—Está bien. En tal caso, no puedo exigirle nada. Auséntese de la población si lo desea, *sheriff*, y deje que yo mismo arregle esto. Lo único que puede ocurrir es que mis procedimientos no le agraden demasiado.

El de la placa se encogió de hombros.

—Allá usted, señor Dewill.

Dio media vuelta. Pat leyó la indecisión, casi el temor, en los ojos de aquellos hombres que ahora componían su banda. Y una fría sonrisa apareció en sus labios.

—¡*Sheriff*! —gritó.

El de la estrella se volvió poco a poco. Su rostro no denotaba la menor sospecha de lo que iba a ocurrir a continuación. En realidad debía suponer a Pat Dewill mucho mejor de lo que éste era. Abrió la boca al ver los negros ojos de dos revólveres apuntándole al pecho.

—Pero, señor Dewill… —pudo balbucir.

La doble detonación hizo estremecer las paredes de la estancia. El *sheriff* cayó llevándose ambas manos al corazón, sin que de su rostro se hubiera borrado aún aquella mueca de incredulidad. Trató al fin de «sacar», haciendo un sobrehumano esfuerzo, pero otra bala de Pat le penetró entre los dos ojos.

—Ésta es la suerte que aguarda a todos los que vacilen —sonrió Pat, mostrando los dientes como una fiera que se dispone a morder —. De modo que al que tenga alguna duda le conviene exponerla ahora.

Seguía con los dos revólveres en las manos. Nadie se movió.

—Celebro que seáis tan decididos y tan valientes. ¡Vamos! ¡Sacad ese cuerpo y dobladlo sobre un caballo! ¡Lo enterraremos en el camino!

Dos de los pistoleros obedecieron. Los rostros de los otros se animaron ante la proximidad de la acción.

—¿Adónde vamos?

—A atacar rancho Winter. Esta noche precisamente los hombres separarán las reses para dar principio a los mareajes mañana. Sólo dos o tres de ellos estarán en los edificios principales del rancho. Los más viejos. Ésos caerán pronto, y cuando los otros reaccionen… ¡todo el rancho no será más que una pira donde crecerán las llamas!

Sólo una mujer, Eva Winter, quedará con vida… ¡y será para sufrir un castigo mil veces peor!

Capítulo X

HABLAN LOS REVÓLVERES

El honorable Winter encendió su cigarro y manifestó:

—Muchacho, la situación para nosotros es difícil. Digo «para nosotros» porque te considero el mejor hombre del rancho y cualquier cosa que a ti te ocurra me ha de afectar a mí. Desde que volviste, mi esposa me está haciendo prometer cada cinco minutos que te echaré de aquí y que te obligaré a salir del Estado. Asegura que tu presencia es un desdoro para su ilustre apellido. Aquí, entre nosotros, su padre fue un ladrón de ganado que no servía ni para eso y que tuvo que acabar vendiendo licores en un saloon, pero la honorable Winter lo ha olvidado ya todo. Yo mismo tuve ciertos roces con la ley cuando rondaba los veinticinco años, aunque por cosillas sin importancia. Si mi hija… ¡ejem!… si mi hija llega a sospechar que estuve detenido por fullero con los naipes, se marcha a vivir fuera de Nebraska. En fin, muchacho, lo que pretendo decirle con todo esto es que deberemos andarnos con pies de plomo y no dar de qué hablar a la honorable Winter. Esta noche la pasaré revistando los grupos que se dedican a reunir el ganado, y tú me acompañarás. Por el camino habrá tiempo sobrado para exponerte una serie de ideas que tengo sobre el rancho y en cuya realización me gustaría que me ayudases. Todo esto, claro, si mi esposa no dispone lo contrario.

Sonrió y dio una palmada en la espalda de Jim Randall. Éste, sin mirarle, dijo:

—Es usted muy bueno, señor. Una de las personas más buenas que he encontrado en mi vida.

—No confundas un temperamento bondadoso con un temperamento débil, muchacho.

—Sé distinguir. Pero lo que quiero decirle es que no debo permanecer un momento más aquí. Pensaba salir esta misma noche, y quizá mañana al amanecer me encontraría ya al otro lado de la frontera.

Los dos hombres paseaban solos a lo largo del porche que adornaba el edificio principal. Ni un sonido se escuchaba en el rancho a no ser el rumor de sus propias pisadas y el canto monótono de los grillos. Todos los hombres estaban en el campo, a varias millas de distancia, y en el cuerpo principal del edificio del rancho sólo quedaban, junto con los miembros de la familia Winter, Jim y un viejo peón mexicano llamado Pedro. Jim hizo un gesto de intranquilidad, aspirando el aire.

—No me gusta esto.

—¿El qué, Jim?

—Esta quietud, este silencio que parece casi sólido, de tan intenso. Es como si toda la noche se hubiera puesto a acecharnos. ¿No le parece?

Winter no prestó demasiada atención a estas palabras. Parecía obsesionado por una idea fija.

—Debes quedarte entre nosotros, Jim. ¿Para qué crees que compré tu caballo? Además yo conozco a Eva y me creo autorizado a decirte que…

El joven le interrumpió con un ademán de su brazo.

—No hablemos de eso, señor. Lleva usted su bondad a un extremo peligroso. Puede que yo me dejara matar por Eva, puede que la ame como a ninguna otra persona en el mundo, pero siempre tendré en cuenta que ella es la heredera del rancho Winter y yo un domador de potros. Haga usted que este rancho desaparezca y yo raptaré a Eva, si es preciso. Pero mientras sea rica, no me atreveré a elevar los ojos hasta ella.

Sólo con un susurro, añadió:

—Y ésta es la causa principal que me impele a salir de aquí esta misma noche.

En aquel momento se abrió un rectángulo de luz en la fachada del edificio y Pedro apareció en el umbral de la puerta que acababa de empujar. Bizqueó, tratando de ver en la penumbra, y luego se

dirigió a Winter.

—Estaba en la puerta trasera de la casa y creo haber oído relinchar de caballos en esa dirección, señor. No lo comprendo.

—¿Relinchar de caballos? —saltó Jim.

Y en ese momento se precipitó la acción. Fue todo tan repentino y violento, que ninguno de los tres hombres tuvo tiempo de darse cuenta de nada. El viejo Pedro menos que los otros dos. Porque para él fue el primer cuchillo.

Alguien había llegado en silencio hasta la esquina misma de la casa, apostándose en ella. Y con el mismo silencio se decidió a actuar.

Un puñal de pesado mango voló por el aire y se clavó profundamente en la espalda de Pedro. Éste abrió, la boca un poco, sin gemir, sin darse cuenta aún de que la muerte había penetrado a través de su piel. No se oyó ni el golpe del cuchillo. Pero Jim fue el primero en advertir que algo muy grave sucedía, y a eso debió el poder conservar la cabeza sobre los hombres. Se arrojó al suelo mientras daba un empujón a Winter y gritaba:

—¡Cuidado!

Dos cuchillos más se cruzaron en el aire, sobre sus cabezas. De haber permanecido inmóviles, aquellas armas habrían encontrado también una funda de carne y hueso. Jim vio una sombra junto a la esquina del edificio y apretó los dientes:

—¡Sálvese, Winter!

«Sacó» e hizo fuego con una velocidad centelleante. La figura se encogió, lanzó y cayó a tierra. Otra apareció en su lugar, mientras la oscuridad se poblaba de sombras.

Winter fue lo bastante inteligente para comprender que si intentaba penetrar por la puerta, le acribillarían a balazos y se lanzó de cabeza contra una de las ventanas sumidas en tinieblas. Se oyó el ruido de los cristales al romperse, mezclado con varias detonaciones de revólver. Jim se puso en pie de un salto, mientras las balas rebotaban junto a sus pies, y corrió también hacia la misma ventana. Dos proyectiles le siguieron aullando, y uno de ellos le hizo sangrar la oreja izquierda, tanta fue su precisión.

Los atacantes habían entrando ya en la casa. Jim se dio cuenta de ello al tropezar con alguien que vestía chaleco de piel y que le esperaba acurrucado en un ángulo de la habitación, con un cuchillo

en la diestra. Rodaron los dos, confundidos en un estrecho abrazo. La hoja de acero brilló junto a los ojos de Jim.

—¡Toma!

El puñal cayó, rozándole el cuello y haciéndole sangrar. Jim sujetó el mango con ambas manos y trató de colocarse encima de su enemigo. Éste le enviaba a la cara su aliento pastoso y caliente, de animal al acecho. Arriba, en alguna habitación, se oyó gritar a Eva.

El grito dio fuerzas a Jim. Le convirtió en una fiera rabiosa, en una especie de loco que sólo ansiase matar.

Hizo saltar por los aires a su enemigo y extrajo el revólver. Se levantó. Cuando el del cuchillo se lanzaba de nuevo a la carga sobre él, le recibió de un culatazo que le abrió en dos el cráneo. El hombre ni siquiera exhaló un gemido.

—¡Winter! ¿Está usted ahí, Winter?

—Estoy aquí, Jim. Me han rozado una mano.

—Apóstese junto a la ventana y dispare Si alguien trata de entrar. No se mueva de ese sitio.

En aquel momento, dentro de la habitación, se oyó otra voz.

—¿Está usted ahí, Winter? ¡Vengo en su ayuda!

Jim apretó los dientes. ¡Era la voz de Pat! ¡Era la voz del hombre que sin duda dirigía aquel ataque! Iba a advertir a Winter que no hablase cuando éste, incauto, susurró:

—Aquí. Junto a la ventana.

Jim disparó a tiempo, y eso hizo imposible para Pat el afinar la puntería. Al contrario, tuvo que arrojarse al suelo para no ser atravesado él. Tiró a ciegas mientras lanzaba una maldición.

Jim empezó a disparar como un loco, cribando todos los rincones de la pieza donde le pareció ver alguna figura sospechosa. Pero Pat, muy buen conocedor del rancho, se había escabullido ya. En cambio, Winter liquidó de un balazo al corazón a un hombre que trataba de penetrar por la ventana.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Prended fuego a la casa!

Era la voz de Pat, no había duda, y ahora sonaba en el exterior. Jim corrió hacia la puerta y tropezó casi con uno de los atacantes. Dispararon los dos a la vez y el forajido dio un grotesco salto hacia atrás mientras la bala penetraba entre sus ojos.

Una llamarada repentina brotó junto a la pared principal de la casa. Jim identificó en seguida por el olor el procedimiento de que

los atacantes se valían para el incendio. ¡Petróleo! ¡Estaban decididos a convertir el rancho en una inmensa pira!

A la luz repentina de las llamas vio descender por la escalera principal a un hombre. Ese hombre era un tipo de unos veinticinco años, corpulento como un oso, armado con un revólver que esgrimía en su mano derecha. Con la izquierda sostenía sobre sus hombros el delicado cuerpo de una mujer que se debatía sin fuerzas. ¡Era Eva!

—¡Maldito! —rugió Jim.

El otro intentó protegerse tras el cuerpo de la mujer, pero ya no llegó a tiempo. Mientras disparaba sintió una flojedad en las rodillas, en los brazos, en el corazón. Cayó blandamente, sin darse cuenta de que moría, soltando su dulce carga. Eva rodó varios peldaños y cayó en los brazos de Jim.

—Eres un ángel demasiado joven para morir —sonrió éste—. En cambio, yo no soy más que un viejo demonio a quien ya ha llegado su hora.

Empuñando firmemente los revólveres, salió al exterior. La fachada entera de la casa ardía igual que papel al tener la base impregnada de petróleo. Desde una ventana del piso superior, la honorable *miss* Winter se hartaba de gritar:

—¡Salvadme…! ¡Salvadme…! ¡Salvad a una dama en peligro!

Aterrorizada, se dejó caer al fin, aun a riesgo de romperse las piernas. Pero en el momento de caer ella, uno de los forajidos pasaba por debajo. Recibió encima el peso de la honorable dama, lanzó un grito y no volvió a moverse más.

Las llamas prendían rápidamente en el cuerpo del edificio, pues ya habían sido incendiados los pajares contiguos, Jim vio a Eva en el porche, tendiendo las manos hacia él, y le dirigió una sonrisa lejana que era como una despedida. Echó a correr hacia el lado izquierdo de la casa.

Un hombre arrojaba una antorcha encendida a través de una de las ventanas, Jim le avisó:

—¡Chist!

Dejó que el otro empuñara su revólver. Que lo pusiera incluso en línea de tiro. Cuando su enemigo apretaba el gatillo, él se arrojó al suelo y lo apretó también. La bala atravesó el cuello del pistolero seccionándole la yugular.

Ahora el resplandor de las llamas iluminaba tétricamente la escena. Jim vio llegar al galope a uno de los hombres del rancho. Venía destrozado, sudoroso y con una mancha de sangre en una pierna.

—¡Una estampida! —aulló—. ¡Alguien ha provocado una estampida!

El único pistolero que ahora estaba junto a Pat Dewill tiró a matar. El jinete cayó de su montura como un soldado de plomo. Jim lanzó una imprecación al pensar que aquellos hombres habían trabajado bien para arruinar rancho Winter. Y tiró contra el que acababa de asesinar al jinete, justo en el momento en que el pistolero volvía sus armas hacia él. De un solo balazo le atravesó la cabeza.

Pat, encogiéndose como un gato, presto a saltar, disparó dos veces. La segunda de ellas alcanzó a Jim en un brazo, haciéndole estremecerse. Jim tiró contra él y le arrancó el revólver de las manos. Fue a tirar de nuevo y dos «tlic» «tlic» seguidos saltaron al aire.

Pat lanzó una risotada, mientras disparaba también. Y el percutor de su único revólver saltó asimismo sobre el vacío.

Los dos hombres habían acabado sus municiones y en este momento crucial no tenían más armas que sus puños.

Pat saltó hacia el último hombre que acababa de morir, el cual estaba junto al fuego y tenía aún un revólver en la derecha. Jim Randall lanzó un grito salvaje y saltó también hacia allí.

Los dos hombres rodaron junto al fuego, maldiciendo y aullando a causa del dolor. Las llamas mordieron sus ropas. Se pusieron en pie, los puños apretados y las ropas ardiendo, dispuestos a afrontar la más horrible de las muertes. Fue Jim el que atacó primero, disparando el único puño útil. Pat se tambaleó.

—¡Ríndete, Pat, o morirás abrasado!

—¡Tú serás quien muera!

Un gancho hizo vacilar a Jim. Dio una vuelta completa sobre sus talones y vio entonces a Eva que le miraba con lágrimas en los ojos.

La vida de la muchacha dependía de él. Si él fallaba estaba todo perdido, si él…

Un nuevo golpe, éste en la nuca, le hizo doblarse. Sentía las llamas devorando ya su piel, abrasándole. Pat, con los ojos llenos de

sangre, se acercó a él lanzando una carcajada satánica. Levantó el puño…

—¡Toma!

Su boca quedó destrozada. Fue Jim el que proyectó su puño derecho con la fuerza de una catapulta y lo incrustó entre los dientes del traidor. Pat aulló. Quiso atacar y un nuevo gancho de Jim Randall lo envió hacia atrás. Un cruzado al pómulo lo hizo vacilar y otro gancho, el definitivo, le envió de lleno sobre las llamas. Un grito de agonía infrahumana, espantada, llenó la noche.

Jim cayó de rodillas sin fuerzas y trató de tender una mano hacia su enemigo. Ni aún para éste quería una muerte tan horrible. Vio que le era imposible alcanzarle y gimió, también le devoraban. Apretó ansiosamente el revólver del muerto y vació el cilindro sobre la cabeza de Pat. En estas circunstancias, era casi una obra caritativa. Luego sintió cómo su cabeza zumbaba, cómo todo daba vueltas, y cayó exánime junto al fuego.

EPÍLOGO

Al recobrar el conocimiento se encontró tendido en el suelo y bajo las estrellas, envuelto en una manta. El cuerpo le dolía, pues sin duda habían aplicado aceite sobre sus recientes quemaduras, y tenía vendado el brazo izquierdo. Pero se sentía mejor. Volvió la cabeza y vio los rescoldos humeantes de lo que había sido orgulloso rancho Winter.

—¡Mis butacas tapizadas traídas especialmente de Nueva Orleáns! —gemía una voz de mujer—. ¡Mis vestidos! ¡Mis sombreros! ¡Mis modelos comprados en Filadelfia!

—Ahora no tenemos nada —silbó una voz en la que reconoció al honorable Winter—. La estampida nos ha hecho perder la mitad de nuestro ganado, los graneros han ardido y nuestra casa es un montón de cenizas. Hemos de volver a empezar. Pero me alegro, ¿comprendes? ¡Me alegro! ¡Porque así aprenderás a vivir como Dios manda, y a doblar ese espinazo sobre la tierra, si hace falta! ¡Al cuerno tus modelitos de Filadelfia! ¡Mañana me ayudarás a reunir el ganado, si es necesario! ¡Y sobre todo, nuestra hija se casará con un hombre de verdad, no un fantoche de «ilustre» nombre!

Jim levantó la cabeza, vivamente interesado, y vio al honorable Winter de pie entre él y su esposa, con una pierna vendada y apoyado en un trozo de estaca. Si aquella estaca le servía efectivamente para apoyarse o como un símbolo de lo que allí podía ocurrir, nunca lo supo. El caso es que la honorable *mistress* Winter dejó de serlo para convertirse en aquel momento en la mujer de un ranchero de mal genio.

—Bueno, bueno, lo haré… —gimió—. Y hasta ordeñaré las vacas, pobre de mí. ¿Pero qué es eso que dices de casarse nuestra hija?

Winter no respondió. Miró a Jim. Y éste notó entonces como una mano suave y delicada acariciaba su frente.

—Ahora ya no tengo nada, Jim —dijo la voz de Eva—. Soy una mujer más en el Oeste, una mujer que debe comenzarlo todo de nuevo en compañía de los seres a quienes ama. ¿Quieres tú ayudarme a comenzar, Jim?

Y él, con los ojos humedecidos por una extraña emoción, una emoción desconocida y dulce, apretó aquella mano y se la llevó a los labios, una, dos, tres veces, mientras con la cabeza decía que sí.

—No le queda otro remedio —aseguró el honorable Winter encogiéndose de hombros—. El *sheriff* de Omaha ha muerto y están nombrando otro. ¡Seguro que lo primero que hace éste, si ve a Jim por la ciudad, es volverlo a traer aquí! ¡Diablos! ¡Ya podrá estar satisfecho el juez! Te ordenó vigilar a este hombre, y… ¿qué más vigilancia quiere que el matrimonio? ¡Ahora sí que no vuelve a salir del rancho!

Todos rieron. Hasta la honorable *mistress* Winter. La mujer que ahora llevaba unas vulgares zapatillas, se sentaba en el suelo y empezaba a reunir trozos de madera dispersos con que reconstruir un nuevo hogar.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

HEROES DE LA PRADERA

Una colección dedicada a dos colosos del



SILVER KANE y KEITH LUGER

Dos autores cuya fama crece día a día



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain